EL APROVECHAMIENTO DE LOS RECURSOS NATURALES EN EL HORIZONTE TARTESICO

JUAN PUELLES LOPEZ

1995-96



INDICE (pg.)

INTRODUCCION: Tartessos entre el mito y la realidad

El mito de Gargoris y Habidis (Habis)

> "... Gárgoris, andaluz y rey de los curetes, patriarca del bosque tartésico donde los titanes se alzaron contra los dioses, amigo de las abejas e inventor del arte de recoger la miel, se emparejó con la más hermosa de sus hijas y de ella tuvo un varón que era el nieto del padre y hermano de la madre. A este prodigio le pusieron por nombre Habidis. Y cuando aún repetía el eco su primer vagido Gárgoris lo echó al monte para encubrir un acto que ya las gentes empezaban a llamar incesto y a considerar pecaminoso. Quería que las alimañas se cebaran en el niño, pero sucedió que se acercaron mansamente a él y hasta le dieron de beber. El rey hizo entonces ayunar a su jauría y, cuando ya los perros babeaban, les arrojó el cuerpo tierno de Habidis. Pero lo lebreles, rodeándole, lo halagaron. Seguros servidores se hicieron a la mar con el recién nacido y lo abandonaron a mucha distancia de la costa. Pero las olas lo devolvieron sin encono y una cierva tuvo para él leche y premura de madre. Habidis bebió la ligereza en esos pechos y, ya adolescente, devastaba la región sin que nadie se atreviera a plantarle cara. Cayó al fin en una trampa y los campesinos lo llevaron ante Gárgoris, que primero cobró afición al muchacho y luego lo reconoció como nieto y único heredero de su reino. Habidis fue un monarca sabio, prudente, generoso y grande. Dio leyes al pueblo bárbaro, unció los bueyes a la reja y fundó la ciudad santa de Astorga, acaso el más antiguo enclave urbano de los que subsisten en la Península".

Así refleja Sánchez Dragó[i] la narración que nos ha legado Trogo Pompeyo[ii] en un texto recogido por Justino en su 'Historia Universal' ; este autor relaciona este mito, según él la fábula más antigua de occidente, con otros del mismo entorno cultural: "... *las de Horus, y Set, Astiages y Ciro, Semíramis, Zarathustra, Telephos, Atlante, los hijos de Melanippe, Cibeles, el príncipe egipcio, Fernán González y* –ya en un terreno puramente literario- *las de Gargantúa de Rabelais, El Mowgli de Kipling y el 'guru' inventado por Hermann Hesse en el epílogo del 'Juego de Abalorios'*". Por otra parte, y como consigna José C. Bermejo Barrera[iii], sobre esta leyenda han corrido verdaderos ríos de tinta, sobre todo en lo que respecta a la posible base histórica del mito. García Moreno, concretamente, afirma que no nos encontramos ante un mito, sino frente a una serie de problemas antropológicos elaborados por la filosofía helenística. Bermejo se muestra en desacuerdo con este punto de vista por las siguientes razones:

a) García Moreno parte de la idea, completamente errónea, de que el análisis estructural y el análisis de las fuentes constituyen dos materias diferentes.

b) La fiabilidad de Justino como fuente sólo puede aceptarse a nivel de hipótesis.

Según Bermejo[iv], la mayor parte de los estudios que hasta el momento se han venido haciendo en torno a este tema se limitan, o bien a clasificar el mito, o bien a asignarle un significado de tipo euhemerístico ; es el caso de Julio Caro Baroja, para el cual el mito de Gárgoris y Habis representaría el paso de una cultura primitiva a otra superior, situable hacia el final de la edad del Bronce, o de Juan Maluquer, para el cual la realidad cultural y social tartésica quedaría definida por la unión de los mitos indoeuropeos con los de procedencia oriental ; así dice este último[v]: "*Tartessos para el hombre medio constituyó el 'Eldorado' que encarnaba el país de la Fortuna y la Felicidad. Sin embargo, Tartessos no era una simple localización occidental de un mito griego, sino una creencia más general que existió entre los fenicios, los hebreos y, seguramente también, entre los etruscos y celtas de Italia. El maravilloso país de Occidente desde el cual llegaba el estaño para hacer el bronce en las ciudades aqueas, contenía todos los elementos esenciales del posterior reino tartésico*". Maluquer distingue, a partir del mito tartésico, dos dinastías monárquicas de origen divino, que concuerdan respectivamente con las dos etapas evolutivas arriba citadas[vi]:

- *Principado señorial*: **Gerión**[vii]
- *Monarquía urbana*: **Gárgoris y Habis** (o 'Habidis')

La raíz etimológica del nombre de 'Chryssaor' (mítico padre de Gerión) podría referirse, en opinión de Maluquer, a la proverbial riqueza en mineral aurífero del Bajo Guadalquivir, mientras que las 'hoz de oro' que según la leyenda portaba Gerión, equivalente a la 'luna de Deméter'[viii], simbolizaría la riqueza agrícola del territorio tartésico. Según J.Mª Blázquez[ix], los primeros habitantes del bosque de los tartesios, una vez finalizada la lucha de los titanes con los dioses[x]. Fueron los *curetes*, cuyo rey más antiguo sería el citado Gárgoris, a quien se atribuye el arte de aprovechar la miel. Sánchez Dragó[xi], por su parte, plantea el enigma, al parecer no resuelto aún, de si estos 'curetes' eran originarios de Tartessos, o bien procedían de otro lugar (entonces Habis o Habidis derivaría del verbo hebreo *habar*, que significa 'extrañarse, pasar a otra parte') J.M. Pérez-Prendes, por otro lado, y basándose en lo que postula Lévy-Strauss en las 'Mitológicas', interpreta el mito tartésico como simbolización del tránsito del estado de naturale-

za al estado de cultura, insistiendo en la contraposición entre un rey arbitrario y tiránico (Gárgoris) y un rey legislador (Habidis), basándose en una serie de características de ambos monarcas que, según Bermejo, no aparecen en modo alguno especificadas en el texto de Justino.

Bermejo[xii], siguiendo a Schulten, pone de relieve la evidente semejanza que puede observarse entre el mito de Gárgoris y Habis y el de Aristeo[xiii], que narra el origen mítico de la ciudad de Tebas ; lo que es más: al igual que Aristeo, tras la muerte de su hijo Acteón, fundó diversas colonias en ultramar. También *Norax*, hijo de Gerión, habría fundado la ciudad de Nora, en Cerdeña. Aristeo también se relaciona con la invención de las técnicas agrícolas (fue, según se dice, el inventor del *aceite de oliva*), de la ganadería e incluso de la apicultura. El equivalente griego de Habis serían otros reyes áticos de la época mítica.: Cécrope, Teseo, etc. La conclusión que saca Bermejo es la siguiente[xiv]:

> “El mito tartésico que hemos examinado no expresa, pues, ninguna transición de una economía recolectora o ganadera a otra de tipo agrícola, sino dos actividades que coexisten y se complementan dentro de una misma cultura. Esto en lo que a la economía se refiere. Desde el punto de vista social no hay en él tampoco huellas de ningún ‘matriarcado’, pues el incesto no se institucionaliza en los sistemas matrilineales, y por otra parte tanto Gárgoris como Habis establecen la filiación y la herencia por vía masculina. Los datos sociológicos que suministra el mito nos muestran dos modelos de cultura, representados por los reyes padre e hijo, que constituyen, como ya hemos indicado, diversos aspectos de una estructura social única”.

Bermejo[xv] concluye afirmando que, dado que, en primer lugar, este mito no contiene referencias que conecten Tartessos con el próximo Oriente y que, aunque encuentre su paralelismo en mitos griegos, no existe ninguna de estas narraciones que equivalga por completo al mismo, debe considerársele como *perteneciente al complejo cultural tartésico* ; pues, en efecto, los elementos de procedencia griega poseen aquí una articulación propia, autóctona, ya que “*... este mito describe en primer lugar una serie de rasgos de la teoría del poder real de la cultura tartésica que poseen unos paralelos exactos en el mito griego, y de un modo secundario algunos aspectos de la expresión mitológica de esta sociedad que también coinciden con algunos otros de la sociedad helénica*”.

Tales paralelismos están bastante claros ; así, vemos cómo Blázquez[xvi] menciona el Rapto de Europa[xvii] y el mito oriental de Gilgamesh en relación con Gárgoris y Habis.

También se refiere a Gilgamesh[xviii] Robert Graves[xix] (concretamente al viaje que lleva a cabo este héroe a una isla sepulcral a través del mar de los muertos, utilizando sus propias ropas como vela, tal como consta en la 11ª tablilla) al analizar la historia del décimo trabajo de Hércules, que conecta, como hemos visto, la mitología griega con la tartésica, otorgando de esta forma un origen sumerio a este mito. Según él, la leyenda del robo de las vacas de Gerión podría haberse originado en una costumbre helénica patriarcal consistente en que el marido solía comprar a su futura esposa con los procedimientos de un robo de ganado, una costumbre que aún está vigente en ciertas partes de Africa. También está relacionada esta narración con la leyenda de Cuchulain, quien también penetró en el infierno y consiguió volver con tres vacas y una caldera mágica. Según Graves, "*... las colonias griegas pre-fenicias instaladas en España, Galia e Italia bajo la protección de Heracles han contribuido al mito ; y en el sentido geográfico las Columnas de Hércules –a las que un grupo de colonos llegó alrededor del año 1100 a. de C.- son Ceuta y Gibraltar*". La interpretación del mito por parte de Graves va, sin embargo, más lejos:

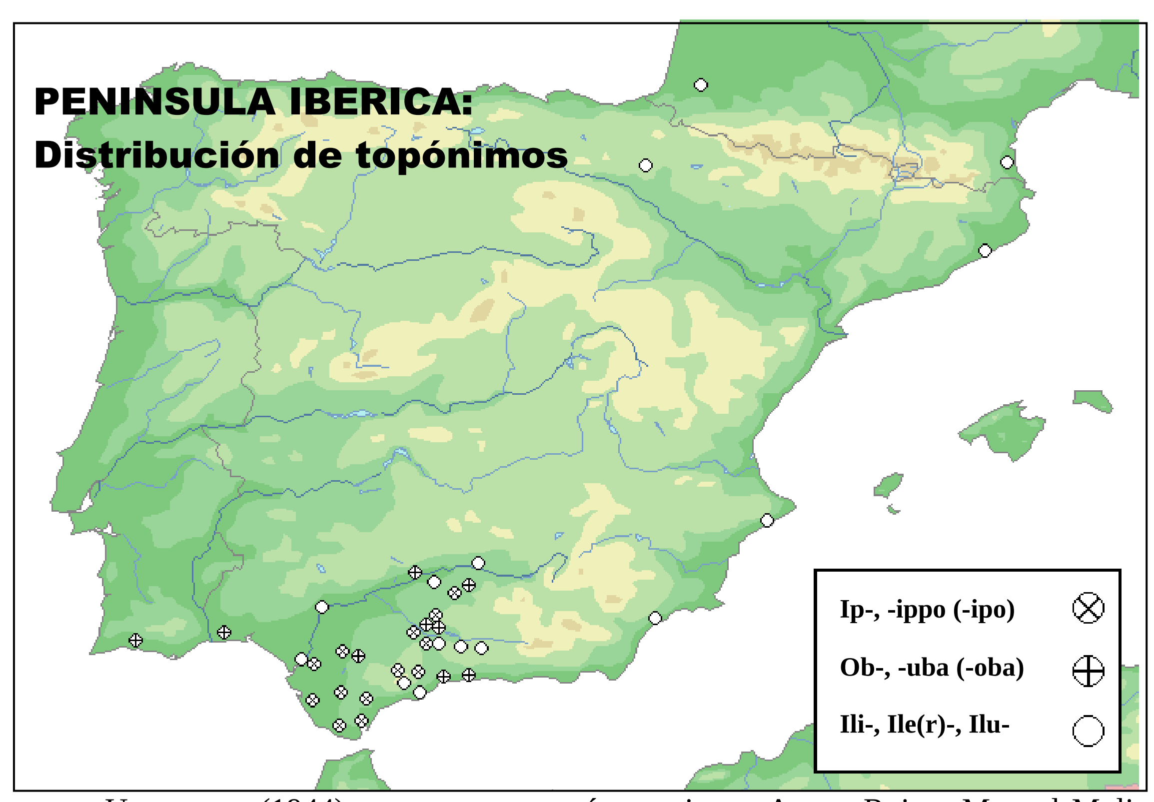


"No obstante, en un sentído místico céltico-ibérico, las Columnas son abstracciones alfabéticas. 'Marwnad Ercwif', antiguo poema galés ..., trata del Heracles celta ... y cuenta cómo Ercwif erigió ... las cuatro columnas de cinco letras cada una que formaban el alfabeto bárdico de veinte letras llamado el Boibel-Loth. Parece que, alrededor del año 400 a. de C., este nuevo alfabeto, cuyos nombres de las letras griegas se referían al viaje celestial de Heracles en la copa del sol, su muerte en el monte Ea y sus poderes como fundador de ciudades y juez, reemplazó al alfabeto de los árboles Beth-Luis-Nion, los nombre de las letras del cual se referían al sacrificio homicida de Crono por las mujeres salvajes. Puesto que las Gorgonas tenían un bosquecillo en Eritia –'Isla Roja', identificada por Ferécides como la isla de Gades- la incursión de Heracles en Eritia, donde mató a Geriones y al perro Ortro –el astro Sirio- se refiere a la sustitución del alfabeto de Crono por el alfabeto de Heracles".

Con referencia al tema lingüístico a que nos estamos refiriendo, J. Gorrochategui, analizando topónimos peninsulares que remiten a épocas prerromanas, distingue dos tipos de lenguas en el ámbito de la Península Ibérica[xx]:

a) *Netamente no-indoeuropeas* (ibéricas): Andalucía Oriental, Levante, Cataluña, Valle del Ebro y Sur de Francia → topónimos en **–briga**

b) *Netamente indoeuropeas* (célticas): Resto del territorio peninsular → topónimos en **ilu-/ili-**



Untermann (1944), por su parte, según consignan Arturo Ruiz y Manuel Molinos[xxi], observa cómo en la zona que nosotros estamos estudiando, en torno a Córdoba, "*... se superponen los hallazgos de escritura ibérica meridional a una serie de topónimos vinculados al área tradicionalmente tartésica, como los iniciados en* **ob-** *e* **ip-** *y los terminados en* **–uba (-oba)** *e* **ippo (-ipo)**, *que alcanzan el área Córdoba-Obulco en su parte más oriental*". Estos autores se refieren a una mezcla lingüística entre las dos grandes regiones, y lo mismo ocurre al parecer si se relaciona la zona oriental del Algarve portugués con la baja Andalucía. Además, en esta región son particularmente abundantes los topónimos en **ili-**, **iler-**, **ilu-** (*ver mapa*), "*... tan presentes en toda el área ibérica (Ilerda en Cataluña, Ilercavones en el área castellonense, Iliturgi en el Alto Guadalquivir) y desarrolla el topónimo con* **–brice**, *que cubre buena parte del otro área peninsular, y, por supuesto, la cuenca del río Guadalquivir y en general el sur portugués*". Es precisamente aquí, es decir, en Andalucía y todo el Sudoeste de la península (desde el Algarve portugués y Extremadura por el Norte hasta el Bajo Guadalquivir por

el Este), donde se han encontrado un total de 74 lápidas escritas en lo que se ha dado en llamar 'escritura del SW', fechada en torno a los siglos VII y VI a.d.C. ; Wikander (1966) identifica en sus trazos formas indoeuropeas, pero el sistema aún no ha sido descifrado en su totalidad. Gorrochategui concluye:

> "No es imposible que en el Sudoeste hispano contemos con una lengua indoeuropea hacia el siglo VI antes de Cristo ; una vinculación más estrecha con la Península de Anatolia y el Mediterráneo Oriental tampoco es imposible, para la cual tenemos que pensar en el problema planteado por el etrusco en Italia (cuya clasificación como lengua indoeuropea de aspecto anatolio ha difundido últimamente entre nosotros Adrados), la presencia de cerámica micénica en Montoro, Córdoba (Martín de la Cruz, 1992) y el propio topónimo *Tartessos*, que nos lleva al conjunto de los topónimos y vocablos culturales egeos en *–ssos*. Pero otra cuestión bien diferente es probar que la lengua de las inscripciones del Sudoeste es indoeuropea, y eso está por el momento lejos de haber sido logrado".

En opinión del profesor Tejera Gaspar[xxii], el nacimiento del mito de Gárgoris y Habis "*... se asocia con el surgimiento de una estructura política centralizada y jerarquizada*". En ese sentido, este autor acepta dicha leyenda, lo mismo que Bermejo y otros, como un hecho cultural propio de la civilización tartésica. Discrepa. Sin embargo, con lo apuntado por Maluquer[xxiii], según el cual el Argantonio citado por Herodoto sería el primer monarca histórico conocido de Tartessos ;Tejera piensa que tras el aparente relato histórico en cuestión subyace un personaje de indudable carácter <u>legendario</u>, emparentado posiblemente con el mito de Habis[xxiv]. Probablemente se trate –ya que Silio Italico lo categoriza como 'rey guerrero'- de un fenómeno de heroización y sublimación de la figura de algún jefe real ; se supone que, como ocurre con todos los relatos mitológicos, éste concretamente serviría originalmente a los *turdetanos* (habitantes de la región en época romana, y que se consideraban a sí mismos como descendientes de los 'tartesios') para revivir acontecimientos de carácter comunitario, narraciones "*... en las que todos los componentes del grupo social participan y se sienten identificados*", siendo de esta forma transmitido de generación en generación hasta que por fin, hacia el siglo III a.C., llegó a conocimiento de los historiadores clásicos[xxv]. Intentando contextualizar el mito de Habis, Tejera fija su atención en una serie de hallazgos arqueológicos que le parecen significativos[xxvi]:

1) Los objetos de época ibérica (jarros, jarras, cerámicas, esculturas y relieves) en que aparecen ciervos/ciervas

2) Los repertorios míticos de la *Pàtera de Tivissa*, la *Pàtera de Santisteban del Puerto* y del *Santuario-Palacio de pozo Moro* (Albacete)

3) La representación/exaltación de un hombre arando con bueyes en diversas piezas de cerámica.

4) Los elementos iconográficos, sobre todo representando bóvidos y cérvidos, presentes en la cerámica orientalizante.

5) La exaltación del toro en el arte ibérico (toros sobre columnas).

6) La simbolización del mar en los bronces de *Maquiz* (Jaén).

7) La asociación arqueológica de los santuarios con estructuras de jefatura teocrática.

Según consigna Tejera[xxvii], los 'ciervos' son asociables, dentro del mundo ibérico, a procesos de heroización ; es lo mismo que afirma Boyce refiriéndose a Zarathustra, el cual asume sucesivamente los papeles de Sacerdote, Guerrero y pastor de hombres. En cuanto a las 'relaciones familiares' que aparecen reflejadas en el mito, con el incesto y el abandono de Habis, así como el hecho de que Gárgoris no reconociera al principio su paternidad, denotarían "*... la existencia de un sistema de parentesco basado en la des-cendencia matrilineal*", aunque carecemos de evidencia arqueológica sobre el particular. Según Tejera, de este mito (Habis como legislador e introductor de avances tecnológicos y económicos) y de los hallazgos arqueológicos se deriva que la sociedad tartésica tuvo que alcanzar una gran complejidad político-social ; así, parece ser que el territorio estaba dividido en *7 ciudades* y se diferenciaba claramente entre el pueblo (al que estaban prohibidos los oficios serviles ; se trata, pues, de un estamento aristocrático privilegiado) y el resto de la población (la 'plebe'), compuesta por sacerdotes, guerreros, comerciantes, artesanos y agricultores, y también se habla de los esclavos. Las fuentes etnohistoóricas, por otro lado, se refieren a una serie de pueblos prerromanos que habitaban la zona y que posiblemente se encontraban subordinados a los turdetanos[xxviii]: hiberos, cibicenos, cinetes, libiofénicos (¿fenicios?), mastenios, bástulos (o 'basbetanos'), guimetes, maesenes, elmaneios, ileatas, campsios, etc.

La fabulosa Tarshish (¿Tartessos?)

La Depresión del Guadalquivir, una amplia llanura en forma triangular de unos 150 m de altitud media y aproximadamente 330 km de longitud por 200 km de anchura, ampliamente abierta hacia el Atlántico, se sitúa, como describe Luis Solé Sabarís[xxix], entre los bordes escarpados de la Meseta y las serranías béticas. Se trata de una zona hundida por consecuencia de los paroxismos alpinos y rellenada posteriormente por sedimentos terciarios (oligocénicos y nio-pleistocénicos) relativamente modernos y de espesor considerable. Dicho relleno es casi exclusivamente marino, y dominan los relieves en colinas y tomas suavemente onduladas, modeladas a expensas de dichos materiales ; el contacto con el océano tiene lugar a través de una ancha zona anfibia de marismas, heredadas del antiguo Lago Lagustino que citan las fuentes griegas y latinas, y una ancha franja de dunas, las Arenas Gordas. El río es navegable en gran parte de su curso inferior.

Como especifica Tejera[xxx], aún no se ha determinado bien qué porción de la Depresión del Guadalquivir ocupaba en su momento el territorio tartésico, teniendo para ello que partir tanto de los datos arqueológicos como de las fuentes escritas ; sin embargo, podemos enmarcarlo en un área geocultural que abarca el Bajo Guadalquivir y su ‘hinterland’, pero expandiéndose también por el Norte hasta Extremadura, y por el Este hacia la desembocadura del río Segura. Es, no obstante, evidente que en ese espacio geográfico, y especialmente en su área nuclear (i.e., Bajo Guadalquivir+Córdoba+Huelva) el río debió desempeñar un papel primordial como factor ecobiológico, regulando como una arteria todo el área geocultural en cuestión: cultivos, aprovechamiento ganadero, áreas de caza y recolección, áreas mineras y rutas comerciales. Ahora bien, hay que tener muy en cuenta, como recuerda Tejera[xxxi], sobre todo a la hora de formular alguna hipótesis acerca de posibles ubicaciones de lugares mencionados en las fuentes documentales, que la zona en cuestión ha estado inevitablemente sometida a lo largo de los siglos a una serie de transformaciones en su paisaje por vía tanto natural como antrópica (v.gr., tala de bosques cercanos al cauce del río, que han facilitado el arrastre de tierras en la cuenca fluvial, con el consiguiente depósito sedimentario en su desembocadura, etc.) que han terminado por ocultar a nuestros ojos actuales su antigua morfología. Habrá, en consecuencia, que añadir al estudio de los textos clásicos las aportaciones de otras disciplinas suplementarias: toponimia, estudios polínicos, etc.

Según consigna Blázquez[xxxii], hacia el final del 2º Milenio a.d.C. se recibió por primera vez en la Península Ibérica la visita de los *fenicios*[xxxiii], quienes establecieron una serie de factorías mercantiles en la costa meridional, circunstancia que a la larga motivaría una profunda semitización de los pueblos situados al Sur del río Tajo, y sobre todo en amplias zonas de la costa peninsular. Probablemente hacia finales del siglo VII a.d.C. se les añadieron, según Pedro Bosch Gimpera[xxxiv], visitantes *griegos*, los cuales se enterarían de la existencia de los países del Extremo Occidente gracias a la difusión por todo el Mediterráneo de los mitos fenicios acerca de la extraordinaria riqueza de aquellos lugares ; prueba de ello es que los helenos comenzaron a ligar los dioses fenicios con su propia mitología (v.gr., *Herakles-Melqart*[xxxv]). Para Bosch, las expediciones griegas a que nos referimos vinieron motivadas por dos acontecimientos fundamentales:

a) El viajes de Colaios de Samos a Tartessos el año 630 a.d.C., que constituye el primer intento conocido por parte de navegantes griegos de explorar la fuente del metal en el lejano Occidente.

b) La circunnavegación de Africa por parte de navegantes fenicios (609-553).

La noticia de ambas empresas debió llegar a la colonia focea de *Naucratis*, en el Delta del Nilo, animando a sus habitantes a emprender nuevas exploraciones por Liguria, Oberia y Tartessos con fines comerciales, lo que daría lugar a lo que se conoce como *Thalassocracia Focea*. La colonia de *Massalia* (Marsella) fue fundada el año 600, y desde allí partieron expediciones hacia la Península Ibérica, aunque los foceos llegaron probablemente a la misma desde el Golfo de Nápoles aprovechando el puente de las islas mediterráneas.: Terranova, Menorca, Mallorca, Ibiza, Formentera, Peñón de Ifach y Denia ; allí se fundó la colonia de *Artemision*, para seguir costeando hasta Tartessos. Las fuentes clásicas hablan de la colonia de *Mainake* sita probablemente en la desembocadura del río Vélez, cuyos restos arqueológicos no han sido localizados todavía ; según Schulten, se trata del asentamiento de *Torre del Mar*, aunque hasta el momento no se han hallado allí más que restos fenicios. Poco después del año 500, otros navegantes focenses, esta vez partiendo de Marsella, fundaron en tierras ibéricas la ciudad de *Ampurias*.

Como asegura Blázquez[xxxvi], ni fenicios ni griegos intentaron conquistar el territorio peninsular, y se limitaron a instalar factorías comerciales en la costa ; fue a través del comercio como ejercieron su influencia sobre las poblaciones del interior. El llama-

do ‘período orientalizante’ terminó hacia finales del siglo VI a.d.C., iniciándose entonces la etapa ‘turdetano-ibérica’. Más tarde, a partir del año 237 a.d.C., los *cartagineses*, bajo el dominio de la dinastía bárquida, conquistaron amplias zonas de la Península, y a partir del 206 a.d.C. toda la región a que nos estamos refiriendo cayó en poder de Roma. Según Blázquez[xxxvii], “*Tartessos centra la Historia del Mediterráneo Occidental durante la primera mitad del primer Milenio antes de Cristo y está presente económicamente en todo el Mediterráneo Oriental*”. En opinión de Aubet[xxxviii], por otro lado, es posible que hubiese una ‘pre-colonización’ fenicia en Italia y en la Península Ibérica, centrada en el comercio de objetos de lujo y basada en el trueque simple, “*... que apenas dejaría vestigios arqueológicos y que precede directamente a los asentamientos coloniales propiamente dichos*”. Es ta etapa precolonial estaría situada entre finales del siglo X a.d.C. y principios del VIII, y no en el siglo XII, como afirman Bosch y otros.

El principal argumento supuestamente de peso que han esgrimido los defensores de una colonización cananea temprana es, aparte del algunas estatuillas y piezas de cerámica[xxxix] y de la *Estela de Nora* (hallada en Cerdeña, en la ciudad que, como hemos visto, supuestamente fundó Nórax, el hijo de Gerión)[xl], es el vocablo *Tarshish* que aparece en diferentes fuentes bíblicas[xli] y que se suele asociar con un toponímico. Así, en el ‘Salmo 72’ (650 a.d.C.) y en el ‘Libro de los Reyes’ (586 a.d.C.) se nombran las famosas “*naves de Tarshish*”, que parten de Eziongeber rumbo a Ophir en busca de oro, plata, marfil, monos y pavos (I Re 9:26-28, 22-49) ; en este caso, las susodichas naves comerciales fenicias difícilmente podían dirigirse hacia el Mediterráneo Occidental, y mucho menos hacia puertos del Atlántico, ya que, como recuerda Aubet, por aquella época “*... el horizonte geográfico de los hebreos era considerablemente limitado y no alcanzó más de Chipre y el Egeo*”. También se mencionan las ‘naves de Tarshish’ en ‘Isaías 216’ (739 a.d.C.), esta vez como sinónimo de la riqueza, lujo y soberbia que mostraba la ciudad de Tiro. Unicamente a partir del siglo VI-V a.d.C. (Jeremías, Jonás y Génesis 10:4) se refiere este vocablo a un topónimo del Mediterráneo, designando un lugar no necesariamente ibérico desde donde llegaban a Tiro plata, hierro, estaño y plomo ; estos textos, junto con la inscripción asiria de Asarhadon (671 a.d.C.), que afirma que las conquistas de este rey hacia el oeste habían llegado hasta un cierto ‘Tar-si-si’ (que no podía de ningún modo estar en España, puesto que los asirios, como se sabe, nunca tuvieron un imperio mediterráneo) son las principales pruebas aducidas por los partidarios de

identificar Tarshish –que para las fuentes clásicas no era otra que Tarsos, en Cilicia- con la hispánica Tartessos.

Sí que resultan inequívocas, en cambio, las fuentes griegas contemporáneas a los asentamientos coloniales a que antes nos hemos referido[xlii]. Alrededor del año 600 a.C., *Estesicoro*, en un poema titulado 'Gerioneis' que nos ha transmitido Estrabón, cita específicamente la existencia de un río rico en mineral de plata denominado 'Tartessos', y *Esteban de Bizancio* menciona una ciudad con el mismo nombre que aquel río, que, según él, también transporta estaño, al cual *Escimio* añade oro y cobre ; tales afirmaciones vienen corroboradas por textos de *Eustrato* y *Aristófanes* (en 'Las ranas'). El escritor griego de ese período, sin embargo, que más información aporta acerca de la presunta ubicación geográfica de la misteriosa ciudad de Tartessos ha sido *Avieno*, quien afirma lo siguiente:

* Tartessos se encuentra en una isla del golfo de su mismo nombre, donde desemboca un rio, llamado igualmente Tartessos, que baña sus murallas después de pasar por la Laguna Ligustina.

* La desembocadura del río Tartessos forma varias bocas (tres a Oriente y cuatro a Mediodía) ; cerca de las mismas se halla el Monte de los Turdetanos, lleno de bosques, y el Monte Argentario, sobre la Laguna Ligustina, en cuyas laderas brilla el estaño.

* La ciudad de Tartessos está a cuatro días de camino de la región del Tajo, y a cinco de Mainake, donde los ricos tartesios poseen una isla consagrada por sus habitantes a Noctiluca.

* El límite oriental del dominio de los tartesios estuvo, en tiempos, en la región de Murcia, y el occidental en la de Huelva.

Por otro lado, el *Periplo Massaliota*, que narra un recorrido por las costas hispánicas realizado por griegos de Massalia, suministra algunos datos geográficos más ; se trata de topónimos, varios de los cuales han sido identificados[xliii]:

1) La marisma *Erebea*, con la ciudad de *Herbi* (Huelva)

2) El *Ibero*, que separa a los 'cibicenos' de los tartesios

3) La isla *Cartere* (Saltés), patria de los 'campsos' (celtas)

4) El monte *Cassio* (Cerro del Asperillo)

5) El ‘fasi promines’ y el castillo de Geronte

6) El golfo Tartesio

7) La ciudad de Tartessos, ubicada en una isla entre las bocas del río (posiblemente la Eritia).

Intentando emular lo conseguido por Schliemann en Troya, Schulten intentó encontrar la susodicha capital del reino tartesio, inspirándose para ello en textos de *Posidonio de Apamea*, quien en la época de la Guerra Sertoriana visitó Cádiz con objeto de estudiar el fenómeno de las mareas, y *Asclepiades de Milea*, que enseñó Gramática en Turdetania durante la dominación romana y escribió una descripción de sus pueblos[xliv]. Excavó en el Coto de Doñana y no encontró ningún asentamiento lo suficientemente grande como para considerarlo una ciudad importante ; verificó, eso sí, a partir de estudios topográficos que el río Guadalquivir (¿el Tartessos?) había tenido efectivamente varias bocas. Schulten localizó igualmente la isla de Tartessos, pero “... *a pesar de la retórica de Avieno, es seguro que en tal isla no hubo ninguna ciudad*”. La opinión al respecto de Bosch Gimpera[xlv] es que no sólo no existió nunca una ciudad llamada Tartessos en la desembocadura del Guadalquivir, sino que es probable que dicha ciudad no existiese en absoluto:

> “O los foceos para comerciar con los tartesios remontaban uno de los brazos del río y llegaban a la verdadera capital [tal vez *Carmona* o *Carambolo*], o en la isla habría solamente un ‘mercado’, ..., un lugar abierto, ... sin construcción alguna”.

Más recientemente, A. Cruz Arenas, basándose en un informe sobre la paleomorfología de la desembocadura del Guadalquivir, supone que dicha boca no se encontraría en época tantésica, o sea entre finales del 2º Milenio y mediados del 1º, en el mismo lugar en el que hoy está, sino unos cuantos kilómetros más arriba. En base a eso su hipótesis sobre el particular es que la tan buscada ciudad de Tartessos “... *debió encontrarse en la zona comprendida entre Aznalcázar y Casanieves, en la provincia de Sevilla, al borde Oeste del Aljarafe que linda con el río Guadalquivir*”[xlvi].

Estado de la cuestión

Como afirma Antonio Tejera[xlvii], "... *no existe acuerdo entre los investigadores en torno a lo que las fuentes grecolatinas conocieron en la antigüedad como Tartessos*". De hecho, los autores ni siquiera se ponen de acuerdo sobre si se trataba de un territorio, una ciudad o una etnia. Tejera atribuye ese hecho a la tendencia generalizada a explicar este fenómeno histórico a partir de los primeros asentamientos fenicios, al inicio de lo que se ha dado en llamar 'etapa orientalizante', fechable desde inicios del siglo VIII hasta finales del siglo VI a.d.C. El período anterior (entre los siglos XII-XI hasta comienzos del VIII) se ha entendido por lo general como una 'etapa de formación', en el curso de la cual se ha supuesto que las poblaciones de la zona fueron asimilando lentamente las aportaciones culturales recibidas a través del Mediterráneo. Tejera considera, en definitiva, dos posibles tendencias dentro de este campo de investigación:

a) Aquellos para los cuales sólo es posible hablar de 'cultura tartesia' a partir de la presencia de fenicios y griegos, es decir, desde los inicios del siglo VIII a.d.C. en adelante.

b) Los que, como Tejera, piensan que dicha cultura habría que retrotraerla al *Bronce Final*, como mínimo a su última etapa (siglos X al VIII a.d.C., definiendo a tal efecto las características propias de Tartessos a partir de las tradiciones culturales del Bronce andaluz, diferenciándolas claramente de aquellas aportaciones provenientes de las relaciones comerciales con pueblos foráneos (proceso de aculturación).

Para abordar tales definiciones, Tejera[xlviii] se basa en el concepto de 'civilización' tomado de Colin Renfrew. Según dicho autor, el hombre civilizado "... *ha creado para sí un nuevo entorno, que le aísla (o aísla al menos a aquellos bien situados en la jerarquía social) del contacto inmediato con el mundo de la naturaleza o de las necesidades obsesivas del cazador o del agricultor, forzado a la autosuficiencia*" ; en resumen, una 'civilización' es una sociedad compleja donde confluyen los siguientes rasgos:

⇒ Una estratificación claramente definida

- con sus príncipes y sus sacerdotes, con sus artesanos que son profesionales de plena dedicación
- producen toda una gama de objetos refinados
- con una organización centralizada permanente

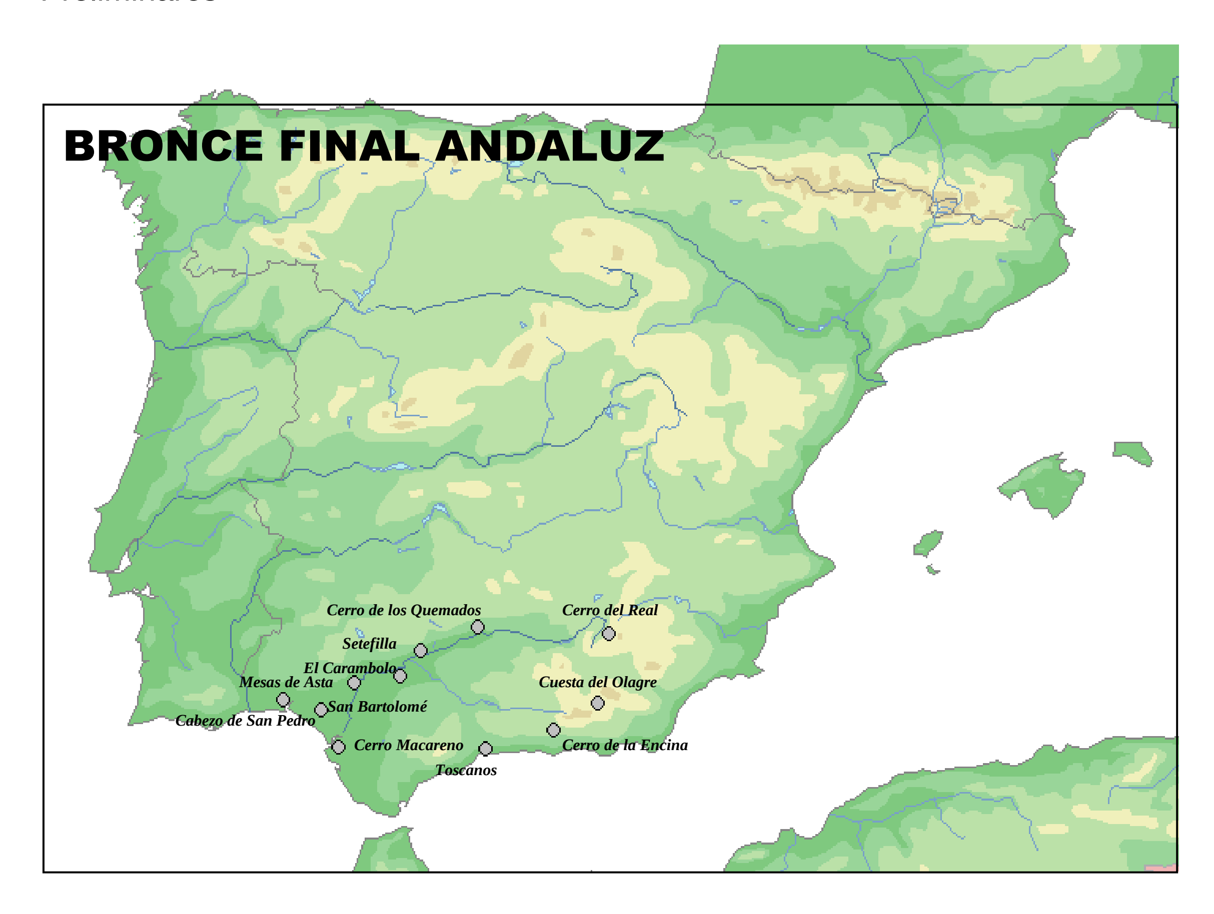
- a menudo dotada de escritura
- a la sombra del palacio del príncipe, o del templo del pontífice
- o apoyada en una colectividad urbana establecida en una ciudad.

En este trabajo nos proponemos analizar el horizonte de Tartessos desde el punto de vista del aprovechamiento de los espacios naturales por parte de dicha cultura. A tal fin seguiremos el enfoque propugnado por Tejera y otros de intentar establecer los elementos característicos autóctonos de la misma a partir de las tradiciones del Bronce Final Andaluz, para posteriormente diferenciarlos de los aspectos foráneos provenientes del Mediterráneo Oriental, propios del llamado ‘periodo orientalizante’. Nuestro estudio constará, pues, de dos apartados, uno dedicado a cada una de las etapas en cuestión. En las conclusiones finales intentaremos determinar en qué consiste la diferencia entre ambas épocas, utilizando todas las fuentes bibliográficas que estén a nuestro alcance y refiriéndonos como corroboración empírica a las referencias que podamos hallar acerca de los correspondientes vestigios arqueológicos del período estudiado.

xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

A) EL BRONCE FINAL EN LA ZONA SUDOCCIDENTAL DE LA PENINSULA IBERICA

Preliminares



Hacia el 3000-2500 a.C., coincidiendo con el comienzo de la Edad de los metales, tienen lugar en toda Europa los últimos momentos del clima sub-boreal ; el cambio climático que está teniendo lugar conlleva un aumento generalizado de las temperaturas y de la consiguiente aridez, que alcanzan su máximo hacia el año 1100. La deforestación resultante de este proceso deriva en un notable incremento de la producción cerealística en Europa Central[xlix]. Por otro lado, y tras una larga etapa de experimentación, se alcanza una cierta madurez en cuanto a técnicas metalúrgicas: se consigue elaborar bronces con un contenido de estaño lo suficientemente significativo como para conseguir una aleación más sólida[l]. Se incrementa asimismo el volumen de las transacciones comerciales ; ello trae consigo una mayor difusión de los productos metálicos, cambiando de esta manera de forma paulatina las necesidades cotidianas de la población, tanto

bélicas como agrícola-ganaderas, industriales o suntuarias; se empobrecen los trabajos en piedra tallada y la industria ósea, y aunque en agricultura continúan utilizándose las herramientas de piedra durante largo tiempo, la introducción de hachas y hoces de bronce produce un gran avance tecnológico ; la cerámica, en cambio, se mantiene fiel a tradiciones previas. En lo referente a manifestaciones funerarias, se puede decir que durante el Bronce Medio se siguen manteniendo los tipos de inhumación practicados a lo largo del Bronce Antiguo, o sea, los enterramientos individuales, concentrados en necrópolis más o menos extensas en las que las tumbas se señalizan intencionadamente mediante túmulos[li]. Los asentamientos, por otra parte, presentan una gran variedad de hábitats, aunque la cultura material resulta ser bastante homogénea ; ello es índice, según Blasco, de que la sociedad de la época, y muy particularmente sus élites dirigentes, mantiene ya un importante nivel de intercambios, bien sea por vía del comercio, bien a través de regalos por amistad o por alianzas políticas.

Lo mismo que el resto de los territorios europeos, la Península Ibérica experimenta, como consigna Savory[lii] y corrobora Blasco[liii], un importante proceso de cambio durante el Bronce Final, "... *favorecido por el desarrollo que sufren las relaciones entre los diferentes ámbitos culturales a consecuencia del singular despegue comercial originado por la enorme producción de los talleres metalúrgicos atlánticos y por la actividad mercantil desarrollada en el Mediterráneo centro-occidental, potenciados desde oriente sobre todo a partir de las relaciones establecidas por Micenas en el entorno de la Península Itálica*[liv]*. La posición geoestratégica de la Península Ibérica es causa del importante papel que sus gentes juegan en estos momentos, particularmente a partir del siglo X, momento en que los talleres atlánticos alcanzan su clímax y sus producciones son adquiridas o imitadas en el ámbito mediterráneo, cuyo comercio se encuentra ya reorganizado tras la caída de Micenas*".

Andalucía Occidental

Generalidades

Blasco considera dos etapas en lo que se refiere al desarrollo de la economía dentro del Bronce Final en esta región[lv]:

a) **Siglos XIII-XI a. de C.**: Se produce en la zona un vacío demográfico (que Blasco insinúa podría no se real, y tratarse más bien de un vacío de investigación). La economía es fundamentalmente agro-pastoril, y la sociedad no se encuentra demasiado jerarquizada, ya que ni la ordenación urbana ni la disposición de los enterramientos reflejan la existencia de un grupo dominante que indudablemente tuvo que comenzar a formarse por esas fechas. No se registran conflictos políticos importantes, ya que los asentamientos excavados no presentan obras defensivas ; además, se encuentran ubicados por lo general en lugares totalmente abiertos y sin demasiado control visual del entorno. Existe un floreciente comercio basado en la producción metalúrgica.

b) **Primer cuarto del 1er Milenio**: Cristalización de un proceso de cambio gestado en centurias previas ; se incrementa el volumen de los intercambios comerciales, y todo el Sudoeste se incorpora a las actividades relacionadas con la metalurgia, para acabar convirtiéndose en el más dinámico de los focos metalúrgicos peninsulares. En la Baja Andalucía la población se establece en asentamientos con arquitectura más sólida, ya sea reformando lugares previamente ocupados, como *Setefilla*, *El Berrueco*, *Colina de los Quemados* o *Asta Regia*, ya creándolos 'ex novo', como es el caso de *Cabezo de San Pedro, Cerro Macareno* o *El Carambolo*. El poblamiento avanza gradualmente de Norte a Sur y de Oeste a Este ; los poblados se sitúan generalmente en elevaciones de escasa altura, con cabañas de tendencia circular u oblonga y con muros a base de entramado vegetal y barro. La actividad económica básica depende de la ubicación de los poblados: minería en las sierras occidentales, explotación agropecuaria en la campiña del Guadalquivir, caza, pesca y transacciones comerciales.

En cuanto a la actividad metalúrgica, Blasco establece tres períodos:

- BRONCE FINAL I (~ 1200-1500 a. de C.): Inspiración en modelos centroeuropeos

- BRONCE FINAL II (~ 1050-900 a. de C.): Intensificación de la producción ; depósitos más frecuentes con es-padas, puntas de lanza, hachas, cascos, etc. ; algunos objetos de *oro*[lvi], inspirados en modelos del Atlántico Norte.

- BRONCE FINAL III (~ 900-750 a. de C.): Máximo esplendor, tanto en lo referente a la fabricación como en cuanto a la actividad comercial.

A esta última etapa, que según Blasco[lvii] es "... *el momento en el que la incipiente presencia del hierro está ejerciendo una fuerte presión sobre los broncistas que tratan de consolidar su posición en un mercado que pronto perderán definitivamente*", pertenecen los hallazgos submarinos efectuados en la Ría de Huelva, consistentes básicamente en espadas, y puntas de lanza de factura atlántica, fíbulas de codo de inspiración chipriota, un casco y un amplio surtido de puñales, regatones o conteras, botones,

broches de cinturón, flechas, agujas, anillas, etc., según consigna José Terrero[lviii]. En opinión de Obermaier y Bosch Gimpera, este hallazgo demuestra fehacientemente la existencia de relaciones comerciales estables entre el mar Egeo y el Oeste de Europa en torno a los años 1200-1000 a. de C. ; para Terrero confirma en todo caso la antigüedad de la metalurgia onubense, y hace el siguiente comentario en relación con esto:

> "El examen de los diferentes objetos permite deducir una civilización muy adelantada, y acusa detalles muy notables en la técnica metalúrgica, en las formas o tipos empleados y en la justa relación de metales para lograr una mayor du reza, revelando el análisis químico un 89,38% de cobre, 10,54% de estaño y 0,05% de antimonio".

Diego Ruiz Mata[lix], por su lado, en su estudio del asentamiento de *Cabezo de San Pedro,* encuentra, confirmando la estimación anterior, un primitivo núcleo de ocupación del siglo IX cuya distribución es similar a la del poblado metalúrgico de *San Bartolomé,* cerca de Almonte: un conjunto de cabañas, circulares y oblongas en planta, de estructura vegetal, constando las viviendas de varios elementos (v.gr., cocina, dormitorio, talleres y almacenes) agrupados, y una cerámica consistente en cazuelas de bordes carenados, decorados con frecuencia en su interior con diseños geométricos bruñidos, vasos cerrados y fuentes. Ruiz Mata se pregunta si esta cultura es indígena, con raíces en la Edad del Cobre, o bien foránea (algún pueblo de economía metalurgia procedente de Centroeuropa, el Mediterráneo o el Atlántico). La adscribe finalmente al Bronce Final Andaluz (siglos XII-XI a- de C.), con una fase orientalizante en torno al 800-750 a. de C., caracterizada por el aumento de la población y los cambios socio-económicos, como denotan el urbanismo de tipo oriental, el uso de la escritura y diversos avances tecnológicos tanto en metalurgia como en cerámica (torno de alfarero). A este propósito comenta el investigador Fernando Amores Carredano[lx]:

> "Realmente, el origen de la cultura del Bronce Final Meridional, que llena toda Andalucía Occidental con ramificaciones a Andalucía Oriental, Portugal y Extremadura, la llamada área tartésica, no está claro. El hecho es que existió una nueva estructuración del poblamiento con una densidad semejante a la que existió en el Eneolítico y que es la propia de estas regiones. Toda la nueva situación, en tanto que la vemos confirmado por el Período Orientalizante posterior, parece que lo anuncia de alguna manera y está en función de él ; en efecto, aunque la cultura sea indígena, tenemos sobre toda la región el fantasma de la colonización semita que, según los textos, comenzaría con la fundación de Cádiz en el 1100 a.C.".

Formas de hábitat

Amores Carredano propone el siguiente esquema de poblamiento para Andalucía Occidental durante del 2º Milenio[lxi]:

- **2000-1700 a. de C.**: Eneolítico campaniforme. Desarrollo y difusión de elementos metálicos. Núcleos desgajados y otros núcleos.

- **1750-1500 a. de C.**: Retroceso del poblamiento desde fines de la etapa anterior. Ausencia de El Argar, que denota una falta de interés por parte de este grupo por el área del Guadalquivir. El final de la etapa es 'de subsistencia', continuándose con la tradición eneolítica ; final del campaniforme.

- **1500-1000 a. de C.**: Medio indígena de tradición eneolítica ; complejo material pobre con algunos rasgos argáricos y portugueses. Conexión con la fase expansiva de la Meseta hacia el Sur. Nueva estructuración del poblamiento hasta el Bronce Final, con grupos residuales de tradición eneolítica.

L.A. Lopez Palomino, centrándose en el asentamiento de *Monturque*, sito en la provincia de Córdoba, con una cronología situada entre el 3er Milenio y mediados del 1º, se refiere a otros similares de toda Andalucía Occidental pertenecientes a la misma época[lxii]. Así, en la provincia de Huelva tenemos los poblados de *El Rincón*, adscribible a un Calcolítico y presentando material lítico y cerámica globular de labio vertical, y *Papa Uva*, un asentamiento al aire libre correspondiente a la evolución desde el Neolítico Final hacia el Calcolítico. En Cádiz se observa, según él, una fuerte implantación humana tanto en el Calcolítico como en el Bronce ; continúa el hábitat troglodítico, con yacimientos como *Parralejo* y *La Dehesilla*, y en cuanto a poblados, tenemos el de *Mesas de Asta*, del Calcolítico Final, con vestigios de vasos campaniformes, *Arcos de la Frontera*, del Cobre, con platos cerámicos de borde engrosado, y *El Berrueco*. Las estribaciones montañosas de la zona nororiental de la provincia de Sevilla, a partir de Carmona, forman, según López Palomino, un conjunto geográfico y geológico homogéneo con el sector cordobés ; allí se encuentran, en ambas vertientes, cuevas con hábitat calcolítico, como es el caso del *Cueva Chica*, junto a Cazalla de la Sierra. En las Marismas del Guadalquivir, en cambio, es el urbanismo lo más habitual, con un gran número de asentamientos: *Cerro de las Vacas, Caño de Trebujena*, *Quincena, Castillo de Lebrija*, *Mesa del Castaño, Cerro de San Benito, Veta de la Arena*, *La Sepultura*, *Merlina* y *Cabezas de San Juan*. A lo largo del curso del río Guadalquivir, por el contrario, el poblamiento es aún preurbano, como es el caso de *Santiponce*, *Valenciana*, *Fuente del Arzo-*

bispo, *Sevilla*, *Santa Eufemia*, *Cerro de San Juan*, *Torre de los Herberos*, *Estacada de Alfaro* y *Guadajoz*, y algo similar ocurre más hacia el Oeste, en la comarca del río Corbones (*Los Alcores*, *Vega de Carmona* y *Vega del Genil*). En *Cantillana* nos encontramos con un poblado que desarrolla ampliamente la secuencia del Calcolítico inicial y pleno en fase precampaniforme, y en *Cueva del Portal*, por fin, presenciamos la evolución desde un hábitat neolítico hacia cronologías de la Edad de los Metales. Blasco resume como sigue las características de los lugares de hábitat de la zona que analizamos al principio del período en cuestión[lxiii]:

a) Cuevas y abrigos naturales, cada vez menos frecuentados ; habitación estacional

b) Laderas de cerros a las que se adosan las viviendas

c) Lugares altos con perfecto dominio del entorno y buen control de las vías de comunicación, a veces coincidiendo con ocupaciones anteriores

d) En llano, en lugares abiertos (llanuras fluviales), en zonas fértiles y de fácil roturación, bien irrigadas, con pastos verdes a lo largo de todo el año.

En el Sudoeste (Bajo Guadalquivir y costa onubense), entre el siglo X y mediados del VIII a. de C., se verifica un cambio que acabará cristalizando más tarde bajo los impulsos de la colonización fenicia[lxiv]. Los poblados –de tamaño reducido por lo general- se establecen a partir de ahora en pequeñas elevaciones, o bien en alturas importantes, con fácil defensa natural, aunque sin construcciones defensivas. Un ejemplo arquetípico sería el asentamiento de *San Bartolomé*, cerca de Almonte (Huelva), que ocupa cuatro altozanos, repartidos por una superficie total de unas 40 ha en torno al arroyo del mismo nombre. Hay cabañas de diferentes tamaños, teniendo las mayores un diámetro de 5 m, que incluye almacenes, silos, encerraderas para animales, lugares de trabajo, etc. ; no hay grandes construcciones que puedan asociarse con edificios de carácter público, y los talleres se encuentran distribuidos por grupos con actividades económicamente distintas (v.gr., agropecuarias, metalúrgicas, comerciales, etc.)

Según Mª Cruz Fernández Castro[lxv], los arqueólogos tropiezan con dos grandes dificultades a la hora de analizar las formas de habitación de Andalucía durante el siglo X a. de C. En primer lugar, el hecho de que el conocimiento de las estructuras de habitación en este período proceda exclusivamente de cortes estratigráficos orientados más

que nada a obtener resultados desde un punto de vista cronológico, en vez de interesarse por las construcciones arquitectónicas en sí ; en segundo lugar, cuando los materiales muebles se adscriben efectivamente a restos de construcción no es posible concretar a partir de la estratigrafía a cuál de las distintas subfases de la misma (v.gr., edificación, o bien renovación de la vivienda) pueden atribuirse con seguridad. A pesar de estos inconvenientes han podido detectarse en Andalucía Occidental construcciones de ramaje y barro cocido sobre zócalos de cantos rodados en *Colina de Los Quemados* (Córdoba), *Setefilla* (Sevilla) y *Huerto Pimentel* (Sevilla), aunque no se puede asegurar cuál era la planta de tales edificaciones. Se supone que esta forma de construcción pervivió durante toda la centuria[lxvi]. Con respecto a la centuria siguiente (siglo IX a. de C.) dice Fernández Castro lo que sigue[lxvii]:

> "Desde el final del siglo X a.C. hasta el advenimiento del contingente de población semita, al rondar el 700 a.C., quedan dos siglos de Bronce Final en Andalucía cuya separación sólo se sustenta en el progresivo sucederse de los estratos previos a la aparición de la cerámica 'a torno'. El margen entre el siglo IX a.C. y el siglo VIII a.C. se encuentra, por consiguiente, muy difuminado".

Los vestigios arqueológicos de esa etapa, por otro lado, adolecen de los mismos defectos que hemos mencionado para el siglo anterior. Fernández Castro testifica el hallazgo, en los estratos inferiores de la ladera occidental de *Cabezo de San Pedro* (Huelva), de los restos de un hogar en un espacio identificado como 'fondo de cabaña', y en la *Colina de los Quemados* (Córdoba) se ha desenterrado una casa de planta circular o elíptica, de unos cuatro metros de diámetro[lxviii]. A lo largo del siglo VIII a. de C., aunque, como hemos dicho, permanecen en lo esencial las características fundamentales de la centuria anterior, se incrementa, sin embargo, paulatinamente el volumen global de materiales cerámicos que preceden a la 'técnica de torno'. Continúa la cabaña oval o circular de parámetros de cañizo y adobe con huellas de postes, hogares y estucado en el interior, tanto en el Bajo Guadalquivir como en la Andalucía Oriental[lxix]. Tenemos, por ejemplo, el ya citado poblado metalúrgico de *San Bartolomé* (Huelva), *El Carambolo*, (Sevilla) o los estratos 14 y 15 del *Cerro de los Quemados* (Córdoba)[lxx].

Agricultura y ganadería

Según Antonio Tejera[lxxi], tanto las fuentes clásicas como las arqueológicas atestiguan la práctica de la agricultura en la zona tartésica desde muy antiguo[lxxii]. Tejera, sin embargo, opina que lo que ocurre es que "... *no contamos aún con un buen análisis para conocer la potencialidad agrícola del territorio, ni sus posibilidades de explotación, ni el rendimiento que obtuvieron de él estas comunidades durante la primera mitad del primer Milenio*". Tejera[lxxiii] se apoya en los estudios geológicos del J. Gavala, que define la región como una de gran feracidad y delicioso clima, abundancia de manantiales y de mantos freáticos poco profundos ; los textos clásicos (Avieno, Estrabón, etc.) también insisten en ese punto. Tejera supone que en los cultivos se haría probablemente uso de un arado dotado de una reja de madera capaz de romper la tierra, auxiliado por animales de tiro de gran fuerza como el buey, cuya utilización por el Bronce Andaluz desde el 2º Milenio, según él, ha documentado sobradamente la arqueología: "*De este modo, el mitema que alude al uso de los bueyes y al arado en el mito de Habis, tomaría una dimensión bien diferente a la que conocemos, y explicaría asimismo el por qué este avance tecnológico se enfatiza tanto en la mitología de la comunidad*". También aluden las fuentes literarias a la práctica del regadío, tanto natural como artificial ; Tejera afirma que se han encontrado vestigios de tales sistemas correspondientes al Bronce Final en el yacimiento de *Cerro de la Virgen*, en la provincia de Granada.

En opinión de Tejera[lxxiv], el ganado debió de haber desempeñado un papel fundamental en la sociedad tartésica, especialmente durante el Bronce Final. Según él, existen a este respecto algunos datos, tanto directos, a partir de la arqueología y del análisis osteológico, como indirectos, a través de la frecuente representación de animales en grandes esculturas zoomorfas y otros repertorios iconográficos: relieves, cerámicas, marfiles, etc., la gran mayoría de los cuales pertenecen a la etapa orientalizante. Piensa Tejera que los rituales iniciáticos relacionados con el ganado debieron de tener una importancia primordial en aquella sociedad por lo que se desprende de las referencias que se hacen del ganado en su mitología. Además, por tratarse de una sociedad dinámica en pleno proceso de cambio, supone Tejera que su ganadería sería sumamente especializada, tanto en lo que respecta al tipo de animales como a la función a la que los mismos iban destinados. Dicha riqueza ganadera habría que asociarla, según él, con la producción de leche y carne, pero también, como apuntábamos más arriba, con las faenas agrícolas, así como su uso como animales de tiro para el transporte de carros y carretas, ya

que la existencia de tales vehículos ha sido sobradamente documentada por los hallazgos arqueológicos, sobre todo en el repertorio iconográfico de las estelas. Blasco[lxxv], por su parte, apunta a la posibilidad, enunciada antes por Ruiz-Gálvez y Galán, de que la función de esas 'estelas del Sudoeste' no fuese únicamente religiosa, sino que sirvieran a la vez como hitos relacionados con vías ganaderas y rutas comerciales. En la dieta alimenticia de los tartesios –que a la luz de los estudios, según Blasco[lxxvi], refleja problemas de malnutrición por falta de proteínas en muchos casos- intervenían, por supuesto, también en gran medida la caza y la pesca ; la primera, cuya aportación en carne suponía entre un 30 y un 40%, comprendía el ciervo, el jabalí, el lobo, el corzo, el conejo, la liebre, el lirón, el careto y la rata de agua. En cuanto a la pesca, no está documentada arqueológicamente la presencia de espinas de pescado, pero sí, y abundantemente, la de moluscos, por la gran cantidad de valvas que se han encontrado.

Metalurgia

Tejera dice[lxxvii]: "*Si algún artículo asociado a Tartessos resulta esencialmente ilustrativo, ese podría ser el de la riqueza minera de su territorio, que durante mucho tiempo daría pie a la génesis de las referencias míticas y legendarias (el Jardín de las Hespérides, las manzanas de oro, la espada de oro de Crisaor), antes de transformarse posteriormente en una evidencia manifiesta, cuando a la llegada de los fenicios y griegos se experimenta un desarrollo cuantitativo destacado*". Blasco[lxxviii] atestigua un adelanto importante en la metalurgia del bronce, al pasarse de la 'aleación binaria' cobre/ estaño a la *aleación ternaria* cobre/estaño/plomo. La recogida de minerales se realizaba tanto según los métodos tradicionales, o sea, en filones a cielo abierto, o bien recogiendo pepitas aluviales, como por nuevos procedimientos tecnológicos, a saber, la apertura de pozos para explotar las vetas subterráneas. Se sabe poco acerca del instrumental utilizado ; únicamente se han encontrado mazas y martillos de cuarcita, picos de asta y hueso, así como hachas y cinceles de metal. Se hacía uso de la torrefacción para despedir el mineral de la roca, en dos esferas de producción: la doméstica, para satisfacer necesidades inmediatas, y la industrial, con fines comerciales. Las piezas metálicas eran realizadas en los propios poblados, donde se han hallado afiladores y moldes, aunque se desconoce el sistema que se utilizaba para calentar el mineral. Entre los útiles encontrados los hay que se podrían vincular a épocas anteriores, como moldes bivalvos de arenisca o arcilla, ya sean simples, dobles o múltiples. También se realizaban algunos productos

(v.gr., armas y objetos de uso cotidiano, como atestigua Luis Monteagudo[lxxix], comentando: "*Las hachas de cobre o bronce forman parte de los objetos de uso cotidiano más frecuentes que se han encontrado, sea para ser utilizadas como herramientas, o bien como armamento, y durante el Bronce Final también como ofrenda o moneda de trueque*") en centros especializados).

Fernández Castro, con las consabidas reservas que ya hemos visto en relación con la cronología de hallazgos de esa centuria, menciona el de algunas hachas de aleta de tipo mediterráneo, de hoja ancha, presumiblemente del siglo X a. de C., en *Campotejar* (Granada), con evidente semejanza con las halladas en diversos yacimientos europeos y hasta asiáticos, y comenta al respecto[lxxx]: "*De ser cierta la correspondencia formal y cronológica, habría que preguntarse cuál es el significado de los paralelismos que se presentan para el hacha 'tipo Campotejar' (Aidirlinskii, Ural ; Gezar, Palestina ; Valle de Kur-ram, Pakistan) en la panorámica del comienzo del Bronce Final en Andalucía. No creemos que sea posible, a partir tan sólo de esta insegura indicación, aventurar ninguna hipótesis que hiciera llegar por vía mediterránea, o terrestre, contactos con el exterior no entrevistos de otra forma. Si es que existieron relaciones comerciales con el Oriente en Andalucía durante los siglos XI y X a.C., éstas no han dejado huellas probatorias de su existencia entre los materiales arqueológicos que con garantía permiten juzgar el período*". En cuanto a los vestigios metalúrgicos del siglo IX a. de C., Fernández Castro[lxxxi] reconoce que son relativamente pocos, incluso si incluimos aquellos hallazgos que suelen pasar inadvertidos, como la anilla de bronce de *Cerro de Cabezuelo* (Jaén), la varilla de cobre de *Cerro del Real* (Granada), la fíbula de codo de brazos con gallones de *Pinos Puente* (Granada), la fíbula de codo de *Cerro de Alcalá* (Jaén), etc. Por otro lado, los estudiosos vacilan a la hora de adjudicar una cronología a los hallazgos de la Ría de Huelva a que nos hemos referido más arriba, y la tendencia es a ubicarlos alrededor del año 700 a. de C., en fecha orientalizante por tanto ; E. Macwhite, sin embargo, insiste en que las espadas en lengua de carpa fueron introducidas en Inglaterra antes del año 850 a. de C., lo cual colocaría a los ejemplares de Huelva en una cronología no muy posterior al 800 a. de C., en el llamado Bronce IV, que se había iniciado hacia el 900-850 a. de C. Por otro lado, según Fernández Castro se ha recuperado una espada 'tipo Huelva' en Italia junto con una fíbula de doble bucle lateral y arco serpenteante del horizonte 'Allumiere' (1000-900 a. de C.), lo cual retrasa sensiblemente la cro-

nología. En el sector sudoriental de la Península se encuentran más objetos de parecida tipología, adscribibles ya a las postrimerías del siglo VIII a. de C.[lxxxii].

Comercio

Según Tejera[lxxxiii], esta actividad constituyó probablemente uno de los factores más importantes en la transformación económica, política, social y religiosa de Tartessos. Dicho intercambio de productos está ligado al asentamiento en el territorio de fenicios y griegos ; no se sabe con seguridad, sin embargo, si eran aquéllos quienes lo controlaban, o si en realidad los tartesios se limitaron a actuar como intermediarios entre éstos y las tribus del 'hinterland', posibilidad que también apunta Savory[lxxxiv]. Lo que sí está claro, como ya hemos apuntado, es la importancia que sin duda tuvo el río Guadalquivir como vía de transporte y el papel que pudo haber jugado la evanescente ciudad de Tartessos como centro redistribuidor de mercancías: "*Al centro urbano se le puede caracterizar como núcleo redistribuidor en que figura el poder, reside el centro económico, político y, desde luego, religioso, para servir de aglutinador de los otros factores*". Tejera se basa, para sustentar sus aseveraciones, que en este caso, como es sabido, no se ven corroboradas por los correspondientes vestigios arqueológicos, en el siguiente texto de U. Martínez Veiga[lxxxv]:

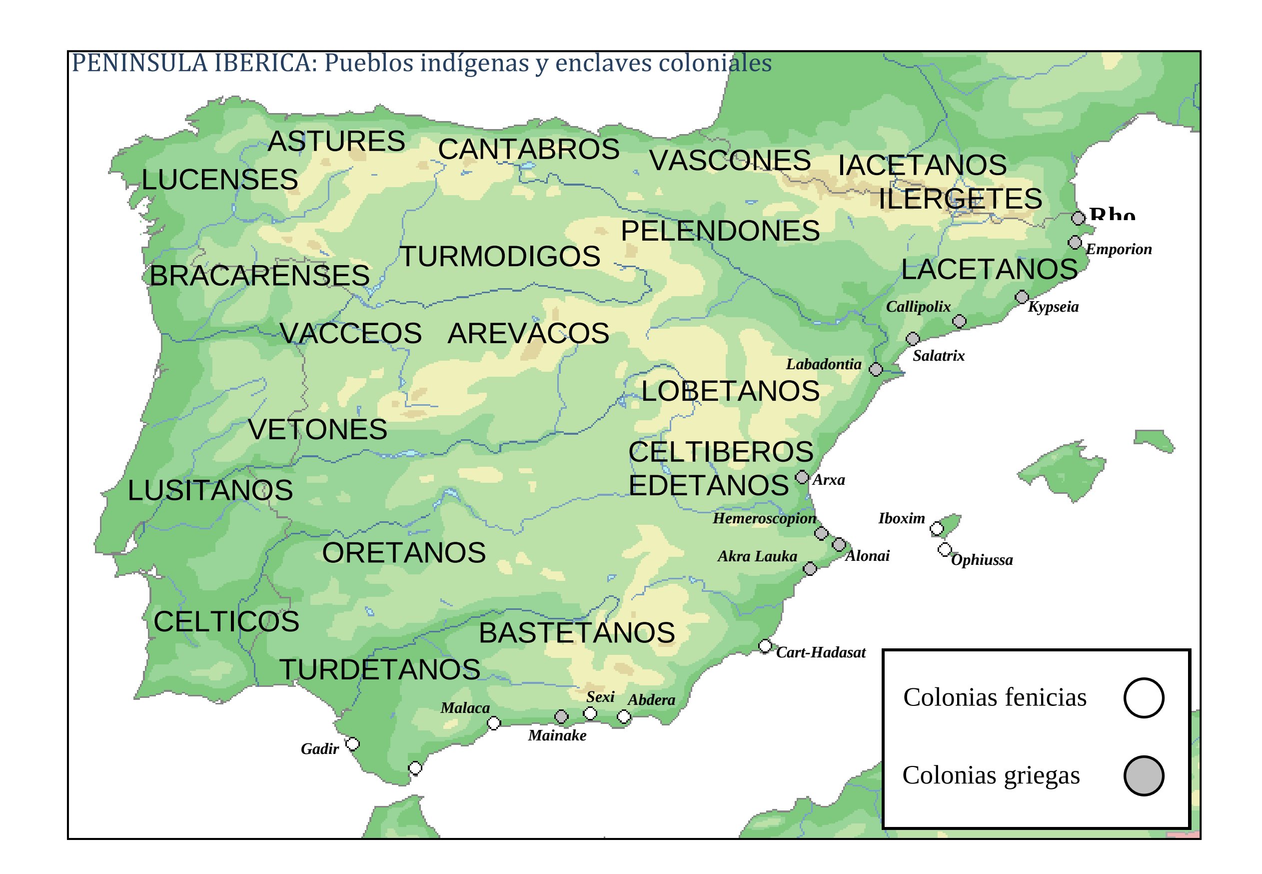
> "El paso de reciprocidad a redistribución implica la concentración de excedentes en pocas manos y también en pocos lugares ; en este sentido se puede afirmar que este paso es fundamental para la aparición del urbanismo. Pero a nosotros nos interesa sobre todo este proceso de la concentración en pocos lugares o manos, que en última instancia es la acumulación primitiva de Marx o lo que los arqueólogos y geógrafos actuales llaman la centralidad. Tomando la centralidad como criterio, o la existencia de un lugar central en donde los bienes se recogen y redistribuyen, podemos decir con C. Renfrew que '*El intercambio de mercado puede ser considerado como un fenómeno de redistribución con disociación de la autoridad central de la transacción material*', en cuanto que '*el intercambio de mercado, visto en términos espaciales, no se diferencia de la redistribución*'".

Blasco[lxxxvi], por su parte, habla de la presunta existencia de un *comercio a gran escala*, preferentemente de productos de prestigio y de lujo, realizado a través de contactos marítimos, pero también por vía fluvial o incluso terrestre, como atestiguan las ya mencionadas representaciones de carros en las 'estelas del Sudoeste' y en la 'pintura rupestre esquemática'. Tejera cita, además, las muestras arqueológicas de almacenamiento

de granos que se han encontrado por todo el Guadalquivir en algunos yacimientos del Calcolítico, o en otros más recientes de otros lugares de la Península. Los hallazgos de este tipo en la zona que aquí nos ocupa, no obstante, no han sido hasta el momento demasiado abundantes ; el único ejemplo de este tipo de silos es, en efecto, el de *Puebla del Río* (Sevilla), un conjunto de alrededor de 500 depósitos (unos 200 han sido excavados) probablemente pertenecientes al Calcolítico, aunque es posible que se reutilizaran en épocas posteriores[lxxxvii].

xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

B) LA ETAPA ORIENTALIZANTE DEL HORIZONTE TARTESICO



La presencia fenicia en la Península Ibérica

Savory dice los siguiente[lxxxviii]:

"A lo largo de la segunda mitad del siglo VIII a.C. la cultura ibérica meridional, sobre todo aquella manifestación de la misma que se ha asociado con la semihistórica Tartessos (Tarshish), en la desembocadura del Guadalquivir, pasó a estar bajo la influencia de las civilizaciones avanzadas del Mediterráneo Oriental, y especialmente de la de los fenicios, al principio a través de transacciones comerciales, y más tarde por la fundación de auténticas colonias, y el uso del hierro se extendió por la zona junto con formas exóticas de metalurgia y cerámica. Esta cultura avanzada del Sur que conocemos como 'tartésica' o 'ibérica' ejercía una influencia dominante sobre la Península, tanto como para impedir el desarrollo de una cultura del Hierro tipo Hallstatt o La Tène Inicial, ni siquiera en el Norte de la misma, a pesar de los fuertes movimientos demográficos procedentes de más allá de los Pirineos que indudablemente se produjeron en esta fase y que llevaron al establecimiento de lenguas célticas en amplios territorios".

Amores Carredano, por su parte, coincide con Savory y afirma[lxxxix]: "*La colonización semítica, en principio tímida, tuvo que influir en el modelo humano indígena y provocar una serie de reacciones de las que vemos parte de sus resultados antes de que la 'invasión' de productos y elementos metamorfice a la cultura tartésica*". Según Mª Eugenia Aubet[xc], sin embargo, los investigadores de esta temática no se ponen de acuerdo acerca de los orígenes y la cronología de las fundaciones fenicias en Occidente, y generalmente se basan para sus deducciones en el análisis de las fuentes clásicas, de por sí bastante contradictorias en este punto ; en su opinión, lo que ocurre en realidad es que "*... en el fondo del problema subyace una cuestión metodológica que incide, necesariamente, en una lectura más o menos subjetiva de los datos histórico-arqueológicos*". Como afirma Aubet[xci], la mayor parte de los mitos, tradiciones y leyendas sobre este particular son de época helenística, es decir, de 500 años después de ocurridos los hechos, y esta circunstancia disminuye automáticamente su fiabilidad como fuentes históricas. Así, está el famoso texto de *Veleyo Patérculo*, que afirma, inspirándose posiblemente en Timeo de Tauromenio, del siglo IV a. de C., que la ciudad de Cádiz fue fundada 80 años después de la Guerra de Troya (~ 1104-1103 a. de C.). Aubet comenta al respecto[xcii]:

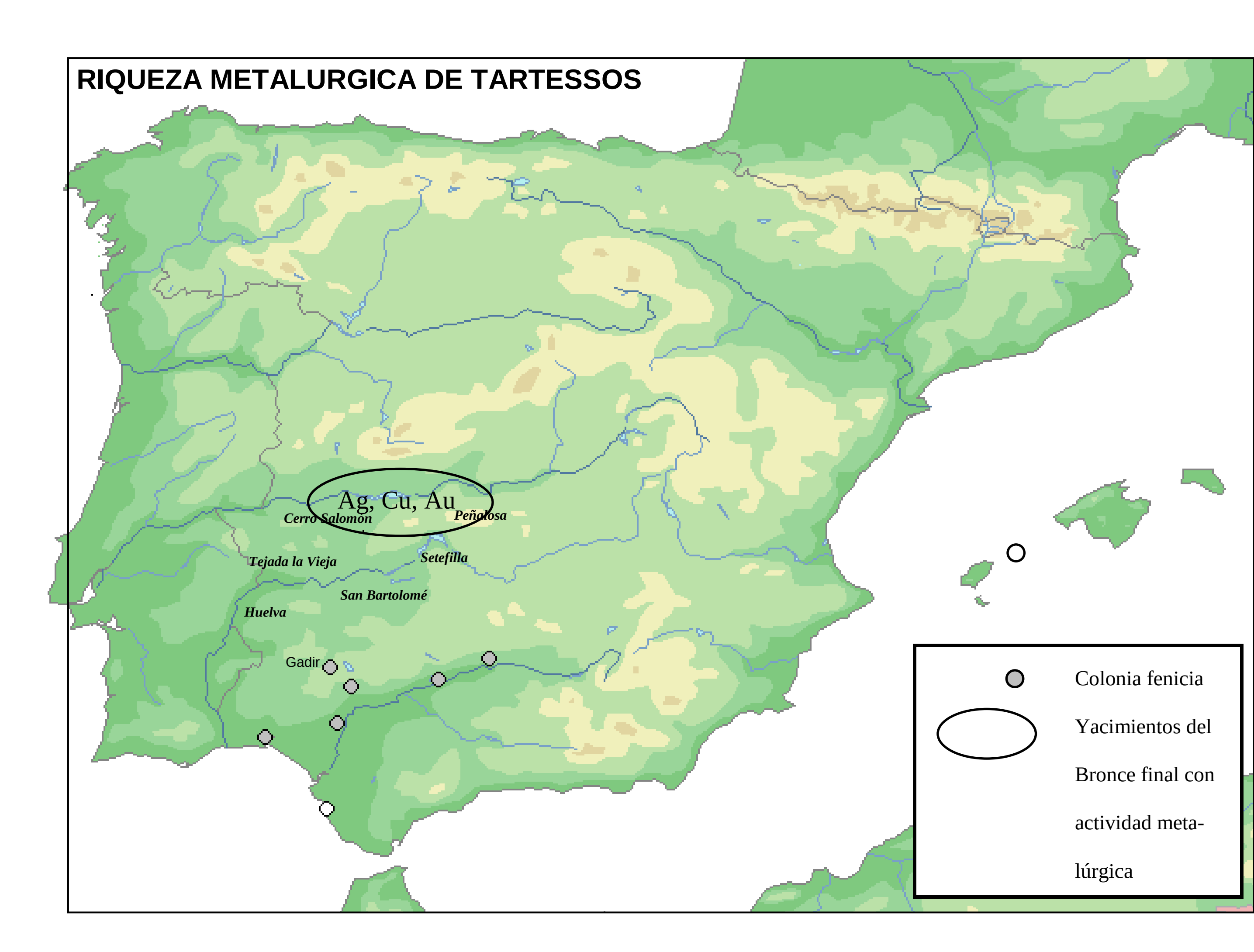
> "La asimilación de Cádiz a los fenicios, a la guerra de Troya y a Heracles constituye un típico arreglo helenístico. Significativamente, esta leyenda surge en una época (siglos II-I a.C.) en la que en el pensamiento helenístico ejercían enorme influencia la grandeza y la prosperidad de Cádiz y el prestigio del santuario del Heracles gaditano, visitado por figuras ilustres de la vida política e intelectual del momento, como Aníbal, Polibio, Fabio Máximo y Julio César. Todo ello contribuyó sin duda a forjar una leyenda en la que Heracles-Hércules (Melqart) acabaron confundiéndose con la fundación fenicia de Cádiz".

El mito del paso de Heracles por Iberia surgió, por lo visto, en la Atenas del siglo IV a. de C., una época en la cual "*... ya se sabía que el templo de Heracles de Gadir era 'muy antiguo' (Diodoro 5:20, 1-4), por lo que Heracles-Melqart pasaba a confundirse, automáticamente, con unos viajes remotos a Occidente y vinculados, pues, a Gadir, es decir, a los fenicios, sus fundadores. Heracles pasaba así a constituirse en padre de los fenicios*". Eso será probablemente, según Aubet, lo que habrá justificado a algunos autores la datación del siglo XII para la fundación de Cádiz y la llegada de los fenicios a la península ; sin embargo, resulta que hasta el momento, y como recuerda Aubet[xciii], la investigación arqueológica no ha revelado ningún asentamiento fenicio en tierras hispanas anterior al siglo VIII a. de C. La conclusión de Aubet a este respecto, des-

pués de considerar lo que aporta el texto de Diodoro Sículo acerca de la participación directa de Melqart (es decir, del templo de ese dios ubicado en Tiro) en el acontecimiento, es la siguiente[xciv]:

> "Ignoramos en qué momento decidió Melqart organizar esa empresa comercial. En todo caso no pudo tener lugar en el siglo XII a.C., dado que en Fenicia y en Tiro el culto a Melqart no es anterior a los siglos X-IX a.C. En última instancia es la evidencia arqueológica del territorio inmediato a Cádiz la que tienen la última palabra. Los poblados indígenas tartésicos de la bahía gaditana, algunos de ellos habitados desde el II Milenio a.C., no reciben las primeras importaciones fenicias antes de los años 760-750. Este dato nos parece hoy un argumento decisivo para zanjar una discusión interminable sobre el valor histórico de las fuentes clásicas en la cuestión de los orígenes de Cádiz".

Como muestran los vestigios arqueológicos, toda la campiña del antiguo estuario del Guadalquivir se encontraba densamente poblada, en las fechas correspondientes a la llegada de los primeros comerciantes fenicios, por comunidades tartésicas del Bronce



Final[xcv], y se sabe que el asentamiento de *Castillo de Doña Blanca*, cerca del actual Puerto de Santa María, estableció un primer contacto con Gadir hacia los años 760-750 a. de C., como atestiguan los hallazgos en dicho lugar de numerosas piezas cerámicas de tipología fenicia, y algo parecido ocurre más hacia el interior, en sitios, como *Berrueco, Carambolo* o *Carmona*. El principal instrumento para controlar esta actividad comercial cananea fue el ya citado templo de Herakles-Melqart de Gadir, cuyos sacerdotes, además, jugaron un importantísimo papel para establecer un sólido nexo religioso, político y económico entre la colonia y la metrópoli[xcvi]. El principal interés de los fenicios para establecer esta factoría radicaba en la proverbial *riqueza argentífera* del territorio tartésico, como queda reflejado en las fuentes literarias: Estesicoro, Herodoto, Diodoro, etc. Aubet resalta a este respecto la frecuente presencia de la sílaba **arg-** en topónimos y nombres de reyes del lugar (v.gr., Mons Argentarius, Argantonio, etc.)

En época fenicia la principal zona minera fue lo que actualmente compone la provincia de Huelva, donde se encontraban las mejores piritas argentíferas, y el área occidental de la de Sevilla, con focos secundarios en Sierra Morena y Portugal[xcvii]. Así, se sabe que por los registros arqueológicos (v.gr., lámparas de arcilla, herramientas de minero, fuelles y crisoles) que durante el siglo VII a. de C. el poblado de *Cerro Salomón*, en la zona de Riotinto, se dedicó exclusivamente a la extracción de plata, oro y cobre ; se utilizó mano de obra indígena y se aplicaron fundentes de sílice con añadidura de plomo como colector de la plata, una tecnología basada en la *fusión* y en la *copelación* del mineral de ‘gossam’, de alto contenido en oro, plata y plomo, sin precedentes en el horizonte tartésico y que, como comenta Aubet, “... *habría incrementado el rendimiento de la minería y metalurgia locales, que en el siglo VII llegó a alcanzar proporciones industriales*”. El metal era transportado río abajo en forma de lingotes o de mineral en bruto hasta Huelva, un asentamiento tartésico que experimentaría un gran desarrollo a lo largo de esa centuria hasta convertirse en un importante centro portuario ; se han encontrado hornos de fundición de plata de ese período en el mismo centro de la ciudad. Un segundo foco metalúrgico de obtención de plata, orientado ésta hacia el puerto de Cádiz, se encontraba en *Tejada la Vieja* (Sevilla, cerca de las minas de Aznalcóllar), y también está documentada dicha actividad en los asentamientos de *San Bartolomé* y *Peñalosa*, que al parecer estaban especializados en la preparación del mineral para su ulterior transporte hacia la costa en forma de barras o lingotes. La evidencia arqueológica revela una organización productiva, tanto fenicia como indígena, sumamente

eficaz centrada en Huelva, como hemos dicho, por lo menos hasta finales del siglo VII a. de C. Ahora bien, aunque los principales beneficiarios de todo el proceso eran, por supuesto, los comerciantes de Tiro, es innegable que un cierto sector de la población tartésica de Huelva (v.gr., los jefes y régulos locales) también sabría sacar provecho de la situación. Lo atestigua la extrema riqueza que se observa en sus sepulturas, como es el caso de la necrópolis de *La Joya*, por ejemplo ; esas tumbas demuestran, según Aubet[xcviii], el progresivo incremento de la diferenciación social en el seno de las susodichas comunidades.

Por otro lado, los fenicios no se limitaron a la producción minera ; también se interesaron por el fabuloso potencial agrícola del Valle del Guadalquivir. La información de que disponemos sobre este aspecto sigue siendo bastante escasa ; no obstante, a partir de la distribución y la forma de las ánforas fenicias que se han hallado en todo el 'hinterland' tartésico se puede colegir que, como lo pone Aubet, "... *las estrellas del comercio fenicio fueron habitualmente el grano, los metales, la sal, las pieles y probablemente también, los esclavos*". A cambio de todo esto los indígenas recibían aceite y vino de calidad, amén de todo tipo de artículos suntuarios fenicios de importación, tales como piezas decoradas en marfil, joyas de oro y plata, etc., así como también collares, cuentas de vidrio y otras baratijas ; un intercambio desigual de tipo colonial al que se añadían objetos de lujo y de prestigio destinados a las élites tartésicas, contribuyendo de esta manera a consolidar la ya referida diferenciación social en el seno de las comunidades indígenas, que, como hemos apuntado, comenzó a ser una realidad por esta época. Amores Carredano[xcix] habla a este respecto de una "... *cultura de 'potpourri', de rasgos indígenas mezclados con infinidad de elementos exóticos de distinta procedencia*", y comenta lo siguiente:

> "Culturalmente, el área tartésica actúa como un catalizador de influencias que ya se dejan notar en el primer momento con la presencia de cerámicas de boquique (intercambio con el área meseteña), como continuación de las corrientes que comenzaron en el Bronce Tardío, y completado por el material en exceso, y se continuará con elementos atlánticos (estelas funerarias) junto con elementos viejos de raíz oriental, mas matices célticos".

Las comunidades indígenas durante la etapa orientalizante

Tipos de hábitat

En *Los Alcores* (Sevilla) distingue Amores Carredano tres tipos básicos de poblado[c]:

a) **Carmona** y **Mesa de Gandul**: Establecimientos paralelos, estratégicos por excelencia, en lugares altos, dominantes, bien protegidos mediante el escarpe del alcor, cerrándose la parte trasera, llana, mediante una muralla.

b) **Entremalo** y **La Tablada**: Emplazamiento dominante, pero no perfectamente estratégico ; no presenta muralla. Se supone que tales asentamientos indican una expansión demográfica como resultado de la actividad comercial.

c) **El Acebuchal** y **Alcahuete**: Poblados en ladera, sin motivación estratégica. Pertenecen probablemente a la etapa depresiva del período.

Arturo Ruiz y Miguel Molinos, en su pormenorizado análisis del mundo ibérico[ci], ven en el hábitat de esta época una paulatina consolidación del modelo nuclear. Los asentamientos se ubican perfectamente en las proximidades de los grandes ríos, con tres niveles de tamaño: un inferior a la hectárea (*Castellones de Ceal*), otro entre 3 y 6 ha (*Puente del Obispo*) y otro más grande, superior a las 16 ha (*Giriballe*). La distinción de estos tipos es más o menos alternada a lo largo del siglo VI a. de C., y a partir del *Ibérico II* van desapareciendo los núcleos más pequeños, aumentando de esta manera la distancia media entre los asentamientos, que tienden a concentrarse longitudinalmente. Ya en el siglo IV a. de C. habrá cuatro tipos básicos de asentamiento:

1) Asentamiento en meseta, bien fortificado, dotado de amplia visibilidad con escasa distancia a los vecinos más próximos, que domina preferentemente tierras de potencialidad agrícola media y media-alta.

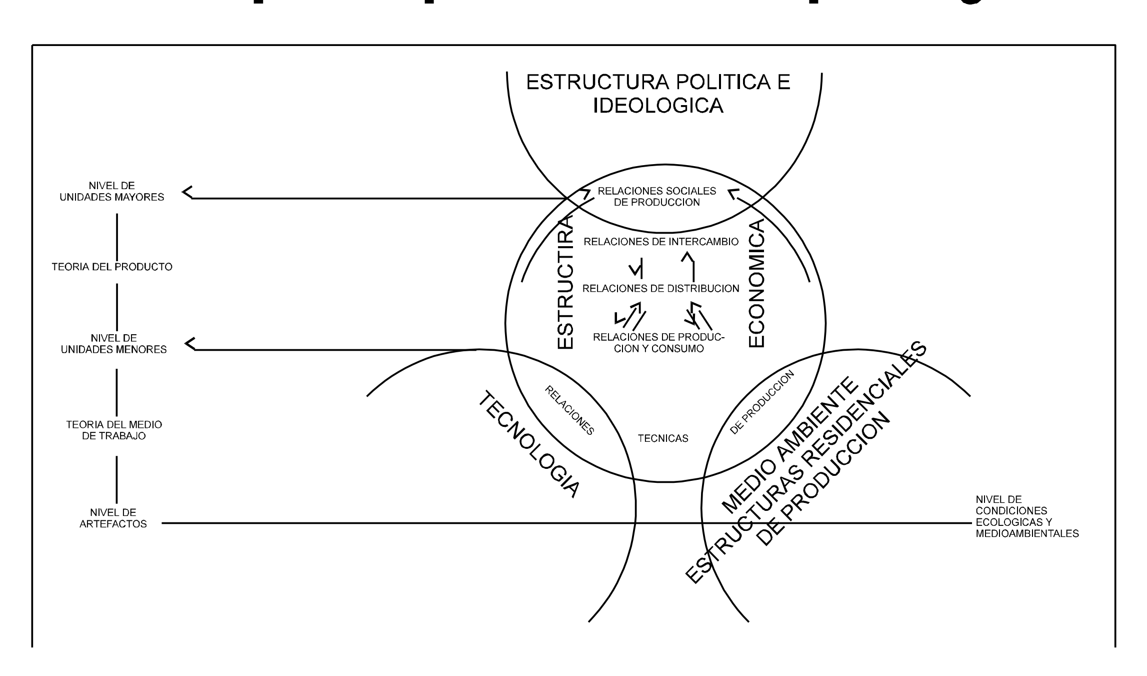
2) Asentamiento en meseta, bien fortificado, con visibilidad unidireccional (suele apoyarse contra un cerro de superior tamaño), semejante distancia a sus vecinos más próximos y tierras de potencialidad agraria media, media-alta o alta en uno de sus lados, en tanto que en el otro la tierra es de baja o nula potencialidad.

3) Asentamiento en meseta, fortificado, con escasa o nula visibilidad y mayor distancia a sus vecinos más próximos ; articula tierras de alta y baja productividad, pero suele excluir las de media y media-alta.

4) Asentamiento en terraza, fortificado, con escasa visibilidad y gran distancia a sus vecinos más próximos ; articula unas pocas tierras de alta productividad, en tanto que el resto es absolutamente inutilizable para la práctica agrícola.

Estos autores[cii] fijan también su atención en los asentamientos de la provincia de Huelva, en cuya zona occidental la actividad minera generó, al parecer, un modelo de poblamiento lineal con anterioridad al año 500 a. de C. (*cerro de Salomón*), mientras que, por el contrario, el asentamiento de *Tejada la Vieja*, en la zona minera de Aznalcóllar, constituye un gran centro amesetado y fortificado. Estos asentamientos metalúrgicos se diferencian, según ellos, claramente de los de economía predominantemente agraria, como el caso de *Huerta Turjena*, por ejemplo. En relación con la representación espacial de los procesos productivos que se verifican en estos asentamientos, Ruiz & Molinos distinguen entre 'lugares de actividad' (procesos de trabajo o consumo con una única actividad), 'áreas de actividad' (relaciones más amplias desarrolladas articuladamente) e incluso unidades aún mayores ; ambos autores se adscriben al modelo propuesto por Ruiz Rodríguez en 1986 (ver *ilustración*), introduciendo los siguientes matices[ciii]:

Concepto de producto en Arqueología



1. El nivel de los lugares y áreas de producción se articula al concepto y clasificación de los diferentes procesos de trabajo, al objeto de determinar las diferentes unidades de producción.

2. Para la definición de los lugares y áreas de consumo será básica la delimitación de las unidades dedicadas preferentemente al consumo subsistencial, distinguiéndolas claramente de las públicas y de las que están enfocadas hacia la reproducción político-ideológica o bien a la reproducción de la fuerza de trabajo.

3. A pesar de la dificultad inherente a la localización de las áreas de intercambio, será posible analizarlas entre unidades de consumo subsistencial, interasentamientos o interestatal.

4. Habrá que definir una serie de lugares, referidos a los tres niveles, articulados entre sí, cuya función reside en su capacidad de almacenar para conservar, para consumir o para desechar.

En espacios construidos, el módulo cuadrangular es, con mucho, el más común durante este período en todo el ámbito ibérico, aunque varían de un lugar a otro los niveles de complejidad constructiva y estructural[civ]. La adopción de este modelo, frente a la circularidad que hemos visto en la etapa anterior, es, según Ruiz & Molinos, consecuencia del desarrollo económico y social que en el ínterin han experimentado estas comunidades, ya que en este marco se dispone de mucho mayor espacio útil, lo que permite diversificar las actividades que pueden desempeñarse de manera simultánea en el mismo lugar. Por otro lado, este cambio de estructura constructiva no implica, ni mucho menos, la adopción por sus moradores de una concepción espacial diferente, sino que la nueva conceptualización se basa en otros aspectos. Así, *San Bartolomé*, especializado en la extracción del 'gossam', se caracteriza en todos los estratos (desde el siglo IX a. de C. y primera mitad del VIII hasta el siglo VII e inicios del VI) por la dispersión nuclear a partir de cabañas con fondo excavado, sin zócalo construido y cubierta vegetal muy endeble sostenida por postes no muy resistentes ; la ocupación del asentamiento tuvo lugar en períodos cortos pero continuados. *Cerro Salomón*, por el contrario, con un núcleo de hábitat especializado en extraer plata a partir de la 'jarosita', está integrado por habitáculos de estructura cuadrangular, construidos a partir de un zócalo de piedra, de dos a tres hiladas de mampuestos grandes y bastos unidos en seco, sin cimiento ni paredes careadas, de altura escasa y cubiertos por materiales ligeros ; los pavimentos siguen el principio de barro apisonado, y posteriormente son confeccionados a base de lajas de pizarra. Aquí las viviendas constituyen auténticos lugares de producción en los que se completa la primera fase del trabajo metalúrgico. Como puede comprobarse, ambos asentamientos son bastante similares en lo que respecta a los procesos técnicos de la

producción: "*Las diferencias deben explicarse a partir del carácter más permanente del Cerro Salomón, que se traduce en una necesaria, aunque elemental, urbanización*".

Igual que hemos visto que ocurría con Fernández Cruz para la etapa anterior, Ruiz & Molinos[cv] se lamentan también de lo sesgado de la información arqueológica en estos temas. Así, en *Puente Tablas IV* (siglo VI a. de C.), donde se han desenterrado varias estructuras de calles, resulta que el conocimiento de las unidades de habitación es deficiente a causa de la superposición de estructuras posteriores, de forma que sólo se conoce superficialmente el carácter cuadrangular de sus construcciones y algunos aspectos de la técnica constructiva, como es la utilización, en algunos casos, de la cara interna de la fortificación como paramento posterior de viviendas. En *Cerro de la Coronilla*, por otra parte, las estructuras adquieren ciertas peculiaridades derivadas de su particular función estratégica ; aquí se observa, en efecto, la utilización de escalones para salvar desniveles y el aprovechamiento de la cara interna de la fortificación para adosar a ellas estructuras de producción y almacenamiento. Este último estaba destinado al consumo interno, y debido al carácter defensivo del asentamiento no hay actividad agrícola complementaria, aunque sí hay indicios de cierta actividad textil.

Durante la siguiente fase, la información sobre estructuras de hábitat es más abundante. Así, en el mencionado de *Puente Tablas*, mientras que a finales del siglo VI a. de C. y primera mitad del V el esquema de las viviendas corresponde a una compartimentación en tres de ellas consecutivas en sentido longitudinal, a fines del siglo V y principios del IV la estructura se complejiza notablemente en relación con la nueva división del trabajo en el hábitat ; las dos primeras habitaciones de la etapa anterior se convierten en una sola con un pilar en el centro, dando lugar a una cubrición parcial en sentido lateral, mientras que la tercera estancia se divide en dos o tres, dispuestas en sentido longitudinal, que pueden, a su vez, estar compartimentadas transversalmente. La estructura a la que se accede desde la calle presenta pavimento de tierra apisonada, a veces con yeso cubriente, mientras que las del fondo pueden mostrar en algunos casos pavimento de losas de piedra caliza, bien trabadas entre sí ; una de las estancias enlosadas presenta siempre una zona sin pavimentar con alguna estructura de material perecedero (madera, por ejemplo). En *Tejada la Vieja* la estructura parece seguir un modelo más desordenado que en el caso anterior. En una fase más tardía (siglo II a. de C.) aparecen en la zona las '*oppida*', unas estructuras en las cuales las estancias con actividades mul-

tifuncionales son cada vez más frecuentes ; el ejemplo más paradigmático está constituido por el asentamiento de *Cerro de la Cruz* (Córdoba), donde se han podido documentar las siguientes estructuras:

a) Espacios abiertos de carácter público (calles en terrazas, basureros, etc.)

b) Espacios de uso productivo en los que se observa la existencia de un molino asociado a un telar ; en algún caso se documenta junto al molino un aljibe.

c) Espacios de almacén, con ánforas o pesas de telar.

Según nos informan Ruiz & Molinos[cvi], las 'oppida', precedentes inmediatos de las ciudades, aparecen como una primera solución al problema de la articulación en un mismo espacio de funciones religiosas y políticas: "*El 'oppidum', cerrado respecto al campo, pero dependiente de él y, por lo tanto, definido en su espacio urbano y residencial aristocrático, se convierte no sólo en la tumba del sistema parental –diremos parafraseando a Engels- sino asimismo en la definición del poder aristocrático*". En Andalucía esta estructuras aparecen más o menos simultáneamente con la aparición de los primeros productos cerámicos a torno, es decir, entre fines del siglo VIII a. de C. y principios del VII. El asentamiento de este tipo más antiguo de la zona es el de *Puente Tablas*, donde la fortificación rodea la amplia meseta en tres de sus lados, dejando sin desarrollo la parte que está abierta sobre el río, ya que se hace inaccesible por las mismas características escarpadas de la base caliza. El terreno ha sido nivelado mediante un escalonamiento a pico, de manera que el paramento se ajuste al sistema de escalones. Delante del lienzo de la fortificación se encuentran dispuestas grandes piedras en hilada con el fin de contener un posible deslizamiento de la base de tierra. En un extremo, realzado respecto al resto, aparece un edificio con pórtico columnado y tamaño muy superior a los demás, lo que hace pensar en una posible residencia principesca. En *Tejada la Vieja*, un asentamiento de fecha posterior, aparece, sobre el panel vertical, un 'pie de amiga' como base de sustentación, nivelado en ocasiones con un firme de pequeñas piedras, junto a grandes piedras que adaptan la fortificación al cerro. En ninguno de los dos casos que hemos citado se documenta la existencia de una fosa de cimentación.

La industria. Definición de los procesos de trabajo

Según Ruiz & Molinos[cvii], "*... la dinámica de las excavaciones en asentamientos ibéricos apenas ha avanzado en la identificación de los espacios productivos, salvo en términos muy generales*", con lo que, a pesar de poderse identificar numerosos procesos de trabajo, resulta imposible hacerlo en lo que se refiere a áreas o lugares de producción. El conocimiento de los procesos técnicos, por ora parte, es aún limitado ; sólo se conocen algunos procesos 'industriales', mientras que las actividades de tipo económico, y especialmente las agrícolas, que trataremos en el próximo apartado, sólo pueden ser tratadas de manera indirecta a partir de los procesos complementarios que de ellas se derivan.

La **cerámica**, según afirman Ruiz & Molinos[cviii], alcanzaba por esta época en el mundo ibérico un desarrollo tecnológico considerable ; las piezas se elaboraban mayoritariamente a torno, y el registro arqueológico muestra un complejo proceso productivo, "*... suma articulada de varios procesos de trabajo recurrentes*":

a) *Obtención de la arcilla*: Tras la extracción, ésta debe sufrir un proceso de transformación de carácter mecánico que implica, al menos, una fase de trituración y otra de depuración mediante decantado.

b) *Torneado*: Fase de suma especialización, en la que han de articularse tanto las particularidades de la materia prima como el conjunto de características formales del recipiente objeto del proceso.

c) *Cocción*: Dominio empírico del fuego ; es el momento en que se definen algunas de las características fundamentales del recipiente (oxidación/reducción).

d) *Decoración*: Esta fase puede realizarse también previamente a la cocción, con posterioridad o incluso puede exigir una segunda cocción específica ; alta especialización en cuanto a técnicas empleadas.

No ha habido demasiados hallazgos arqueológicos de lugares y áreas de producción cerámica, ni tampoco de restos de aparataje mecánico, ya que es de suponer que los tornos que se utilizaban eran de madera. Sí se han localizado, sin embargo, lugares de cocción, o sea, hornos, observándose una clara evolución hacia una complejidad cada vez mayor, lo que indica un proceso de trabajo cada vez más estandardizado y especializado. Un ejemplo arquetípico es el horno del siglo II a. de C. que se ha excavado en *Pajar de Artillo* (Sevilla) ; presenta forma circular, es de tiro único superior y está consti-

tuido por una cámara de cocción cubierta con una cúpula. En *Marmolejo* (Jaén), por otro lado, se ha encontrado otro horno, fechado en torno a finales del siglo VII a. de C. y principios del VI, bastante más elemental que el anterior, como era de esperar, aunque el complejo está definido por varios lugares de diferentes estructura y funcionalidad que al parecer desarrollaban su labor de manera simultánea. Citemos textualmente a Ruiz & Molinos[cix]:

1. Estructura circular con basamento de piedra caliza de pequeño tamaño con eje central que la divide en dos espacios simétricos e idénticos. Se interpreta como el zócalo construido de un horno de tipo mediterráneo con bóveda de adobe con único tiro superior. La cámara de combustión se sitúa opuesta al eje central de la cámara. La altura del zócalo de piedra, homogénea, es de 50 cm. El espacio interior creado en la cámara de cocción, desconocido al no contar con el grosor del abovedamiento, no superaría en ningún caso los 500 c.c.

2. Plataforma circular, de piedra de pequeño tamaño, bien trabada entre sí. En uno de los lados aparecen dos grandes losas que pueden indicar el acceso de un apilamiento de platos en cerámica gris, a torno, con carena alta, todos ellos a medio cocer ; hace suponer que se trata de un horno elemental, posiblemente sin diferenciación de ambas cámaras. Junto a esta estructura se localizan importantes cantidades de cenizas, producto, posiblemente, de su limpieza.

3. Estructura circular realizada con guijarros de pequeño tamaño. La acumulación de arcilla sobre la misma lleva a interpretarla como un posible lugar para almacenar-amasar la arcilla.

4. Dos estructuras rectangulares de 60 × 70 cm, situadas junto a las anteriores, con funcionalidad desconocida.

5. Conjunto de cuatro estructuras longitudinales y paralelas formadas por muretes con zócalo de piedra y levantamiento de adobe. El espacio de separación de estos muretes no supera los 30 cm y los suelos de los distintos espacios creados son siempre diferentes ; todo ello lleva a sus investigadores a considerar que se trata de soportes para la manipulación de la cerámica en distintos momentos del proceso de producción, una vez torneada.

Poco podemos decir de la **metalurgia** de la época, cuyo proceso de producción nos es bastante desconocido ; como dicen Ruiz & Molinos[cx], "„, *se ha elaborado más lo referente a fases anteriores de la edad del bronce y en relación con la metalurgia del cobre, bronce y menos de minerales preciosos, particularmente, plata*". Además, por lo general escasean los análisis artefactuales que complementen a los puramente tipológi-

cos. Por otro lado, está claro que, lo mismo que en el caso de la cerámica, esta actividad exige el desarrollo de una serie de trabajos concurrentes: extracción del mineral, beneficio del metal u elaboración del producto facturado ; todo ello necesita como mínimo de un cierto nivel de especialización. En lo que respecta a los yacimientos, según Ruiz & Molinos únicamente "*... en casos excepcionales conocemos la relación entre los procesos de extracción y los de posterior tratamiento y beneficio del metal*". En *Río Tinto*, por ejemplo, se ha podido reconstruir ese proceso para la etapa preibérica, al menos en varias de sus fases ; el mineral se extraía abriendo unas galerías bajas y mediante picos y martillos de piedra, mientras que la transformación del metal para beneficiar la plata se llevaba a cabo en el ámbito doméstico (la estructura familiar estaba, al parecer, constituida como unidad de producción económica). Algo parecido ocurre en *San Bartolomé*, aunque, como comentan Ruiz & Molinos, aquí el carácter estacional del asentamiento pudiera implicar una labor más coordinada. En ambos casos es la <u>copelación</u> la técnica básica utilizada para el beneficio del metal precioso, aunque, por supuesto, realizada con procedimientos artesanales, que se supone continuarían reproduciéndose en épocas posteriores, al menos en determinados ámbitos y para determinados metales. En este sentido destacan los trabajos de Madroñero y Agreda en el *Estacar de Robarinas* (Jaén), los cuales señalan la remarcable abundancia en la zona de los afloramientos de 'almagra', un mineral relativamente rico en hierro, que requiere dos cocciones: una para la escorificación y otra, posterior, para extraer el hierro del producto obtenido en la primera. Seguidamente el metal fundido pasaría a moldes de fundición para dar lugar al producto manufacturado.

Se han encontrado sobre todo aperos relacionados con el <u>transporte</u>, *carros* concretamente, ya sea en su versión militar, ya en la de transporte de mercancías. Al margen de su reproducción, como ya hemos comentado, en múltiples imágenes figuradas, pictóricas o escultóricas, se han encontrado vestigios arqueológicos (sobre todo soportes metálicos para ruedas) en ya cimientos de todo el ámbito ibérico, desde Cataluña hasta Extremadura, con una cronología ubicable entre el siglo V a. de C. y la primera mitad del IV ; para la región que aquí nos ocupa resultan significativas las ruedas de *Toya* (Jaén), cuya construcción exigió, sin duda, la fundición por separado de numerosas piezas (cubiertas de radios, bielas mayor y menor, bocín, clavos, remaches, etc.) que luego serían ensambladas en un proceso de trabajo de gran precisión.

De las fuentes clásicas nos podemos informar acerca de la importancia que el sector **textil** llegó a revestir en esta etapa del horizonte tartésico ; ellas nos hablan de la gran variedad de materias primas, de origen vegetal o animal, utilizadas en el hilado y posterior confección de tejidos, así como del carácter especializado que en algunos momentos llegó a alcanzar, como en *Saitobi*, por ejemplo. Por otro lado, en las excavaciones arqueológicas resulta frecuente encontrar elementos comunmente asociados a estructuras de telar. La calidad de algunas de las confecciones, así como su tamaño presumible, viene atestiguada por las representaciones figuradas ; la constatación arqueológica, sin embargo, es escasa. Así, disponemos de muy poca información acerca de la estructura de los telares, aunque algunas concentraciones de 'pondus', como, por ejemplo, en *Almedinilla* (Córdoba), parecen indicar un tipo de telar vertical, inclinado sobre estos paramentos. Tampoco es abundante la documentación acerca de los procesos posteriores al tejido (v.gr., industria colorante, procesos de elaboración del vestido, etc.), por lo que debemos conformarnos, nuevamente, con el testimonio que nos aportan las fuentes literarias y las representaciones figuradas.

Jerarquías sociales y políticas

Según Tejera[cxi], el mito de Habis se refiere al *origen divino de la realeza tartésica*, así como a la transmutación y legitimación de las relaciones de poder en ese ámbito cultural a través de su intervención. Esta opinión no es constituida por todos los estudiosos, dado que el mismo Tejera reconoce que resulta complicado "... *definir los indicadores a los que les podemos atribuir un valor simbólico para determinar aquel carácter, al que se asocia el origen de la realeza y el poder*". Este autor cita tres mitemas que, en su opinión, pueden considerarse alusivos a esta característica[cxii]:

- *La miel*
- *La antigüedad legendaria del rey Gárgoris*
- *El incesto real*.

Tejera añade:

"Es característico en estos *mitos de origen de la realeza*, tanto en el mundo antiguo, como en las sociedades africanas actuales, la referencia al denominado *incesto real* que señala el origen de los linajes que controlan el poder. En ellas

este acto se entiende no como un derecho, sino como una necesidad para el soberano, ya que asegura una sacralización de toda la vida sexual, así como la fertilidad en el reino. La idea de fertilidad se simboliza en el mito, a través de la fecundación de Gárgoris en su propia hija, por lo que este personaje se manifiesta como símbolo fecundador".

En el sentido indicado, si relacionamos a Gárgoris, partiendo de ese concepto de 'fertilidad' asociado a su nombre, con los cereales, con las cosechas y con la agricultura, Habis simbolizará, a su vez, la transformación cualitativa de la sociedad tartésica, dado que en él se une 'fertilidad' con 'ganado'. En cuanto al control de las relaciones de poder a que nos hemos referido más arriba, Tejera lo relaciona, centro del mito, con el nacimiento de un ritual iniciático de un *jefe guerrero*: el que pretende acceder al puesto de 'jefe' "*... ha de sufrir una serie de pruebas que se pueden clasificar como 'ritos de paso' que quedan muy bien expresadas, y quienes las superan entran dentro de una categoría superior de hombres que se distinguen singularmente de sus conciudadanos*"[cxiii]. Dicho 'rito iniciático' vendría definido en el mito, según Tejera, por los elementos siguientes[cxiv]:

1) Las características generales de los 'mitos de origen de la realeza' en las culturas del Mediterráneo o, generalizando, en la totalidad de las sociedades primitivas

2) El proceso ritual iniciático en sí mismo (las pruebas): v.gr., el momento en que Habis es tirado a los pies de los rebaños de ganado, prueba de la que sale indemne:

- *Abandono de Habis* (ritual de desagregación o separación)
- *Incesto real*
- *Simbolismo del mar* (Bronces de *Maquiz* ; cerámicas ibéricas)
- *El numen*
- *El cazador* (simbología y asociación en temas arqueológicos)
- *La cierva* (símbolo del rescate de la muerte y superación de ésta ; representación de ciervos y ciervas en arqueología -cerámicas ibéricas- ; mito de la cierva de Plutarco)
- *La marca* (la poseía Habis, y por ella fue reconocido como nieto de Gárgoris ; ¿símbolo relacionado con ritos de tránsito?)
- *Adscripción de un nombre*
- *Reconocimiento y aceptación en el seno de la Sociedad tras superar las pruebas*
- *Representación iconográfica de la realeza* (añadidura posterior).

¿Cuál era, en resumidas cuentas, la estructura política de Tartessos? En opinión de Tejera[cxv], determinarlo no resulta en absoluto sencillo, toda vez que "... *los documentos para su conocimiento, la Arqueología y las fuentes literarias no han sido sometidos a nuevas interpretaciones a la luz de otros criterios metodológicos distintos a como lo han sido en el pasado*". Este autor recurre por ello nuevamente al mito, donde se puede observar un cambio gradual desde un *rey mítico* identificado totalmente con las leyes y con las innovaciones sociales, técnicas y económicas, hasta un *poder jerarquizado*, algo así como una 'jefatura centralizada', y no una estructura estatal, como preconiza Caro Baroja. Tejera, se refiere a las pruebas arqueológicas que ha aportado F. Presedo para corroborar su propuesta, por ejemplo, las estelas decoradas, que, según él, "... *se corresponden con una fase en la que grupos o castas de guerreros irían transformando sus bases organizativas y su economía*". Basándose en esa suposición, Tejera establece un conjunto de temas de estudio acerca del posible modo de explotación del territorio por parte de los tartesios que debería, según él, abordarse de forma prioritaria, de cara a reencaminar una investigación por ahora muy poco desarrollada sobre el particular[cxvi]:

a) Averiguar cómo se hallaba vertebrado dicho territorio durante el período

- Estudio de los asentamientos, formulando hipótesis acerca de las relaciones políticas que pudo haber entre ellos, en base a sus dimensiones y en sus actividades económicas:

  ⇒ Situación de los silos y sus características
  ⇒ Zonas de explotación ganadera
  ⇒ Areas mineras, con los respectivos centros de explotación, transformación y control final del producto
  ⇒ Centros de intercambio y asentamientos costeros durante la época orientalizante

b) Relación que se pudo producir con otras zonas, así como relaciones de poder que pudieron haberse ejercido sobre otros pueblos

- Diferencia entre 'leyes' y 'usos consuetudinarios': contextualización del valor de las leyes en sociedades de jefatura, jerarquizadas y centralizadas

c) Transformaciones producidas en el seno de la sociedad tartésica durante la etapa orientalizante como consecuencia del contacto con fenicios y griegos

- Modo en que estas comunidades influyeron en su organización sociopolítica
- Si existió en Tartessos una autoridad política centralizada antes de la llegada de gentes foráneas o si, por el contrario, aquélla fue el resultado de un proceso de aculturación.

Sobre este último punto plantea Tejera la siguiente hipótesis[cxvii]:

> "Los fenicios asentados en las costas gaditanas necesitaban para establecer sus relaciones comerciales con los grupos del interior, de una estructura política unificada, que les sirviera de mediadora con aquéllos. Los fenicios necesitaban aprovisionarse de materias primas de origen mineral existentes en sus territorios, ya fuesen los propios de los tartesios o los de otras etnias vecinas. De mayor interés aún debió de ser el poder controlar las rutas del estaño que habrían de comerciar con las gentes de Extremadura y, con toda probabilidad, con el mineral procedente de Galicia que las fuentes relacionan con las Islas Casitérides. Esta circunstancia es un buen argumento para creer en la existencia de una Comunidad con poder sobre un territorio amplio que permitiera establecer una buena relación entre los comerciantes de la costa y las gentes del interior. Las distintas etnias que ocupaban estos extensos territorios, debieron tener alguna conexión entre sí. Para ello hemos propuesto dos explicaciones posibles: la existencia de una alianza por la vía de pactos, acuerdos o confederaciones entre los distintos grupos que habitaban estos extensos territorios, o también mediante la coerción de unos grupos frente a otros, consiguiendo de facto la misma situación por la vía de Conquista".

Para decidir entre las dos posturas anteriores, Tejera vuelve a recurrir al mito ; así, observa que el personaje de Argantonio (fuese o no un personaje histórico) simboliza un poder centralizado, y en Herodoto (I, 163, 223-224) encuentra la prueba documental de la existencia de una alianza entre tribus. Otras fuentes, en cambio (Avieno, por ejemplo) aluden a una serie de pueblos que habrían sido sometidos de forma más o menos violenta al dominio tartésico. Por supuesto, la investigación arqueológica aún se encuentra muy lejos de poder corroborar ninguna de las dos hipótesis. Ruiz & Molinos, por su parte, y desde bases más empíricas (v.gr., la configuración de las viviendas en los asentamientos y los vestigios funerarios) demuestran la existencia en el territorio tartesio de una jerarquización social basada fundamentalmente en la propiedad de la tierra ; estos autores parten, para formular su hipótesis, de la doble articulación que encuentra Marx en la relación que se establece entre el individuo y la tierra[cxviii]:

a) Como las condiciones objetivas del trabajo, que suponen su apropiación, no son el trabajo mismo, sino que se interpretan como propias de la naturaleza, la relación individuo/tierra se configura como una condición natural de la producción.

b) Este proceso no se produce nunca directamente, sino mediatizado por la definición de individuo en un grupo, siendo a la vez el grupo social al que pertenece el individuo un efecto de la forma específica de la propiedad de las condiciones objetivas del trabajo.

Siguiendo este planteamiento, Ruiz & Molinos se decantan por aceptar en bloque las propuestas presuntamente antagónicas de Rowland/Frankenstein y Bintliff acerca del origen de las jerarquías sociales, que según ellos se complementan. La primera de estas teorías, en efecto, afirma que las susodichas jerarquías se producen en el transcurso de una pugna por el control de los circuitos de cambio y distribución, mientras que para la segunda se asientan sobre la posesión o el control de las tierras agrícolas. Ruiz & Molinos comentan:

> “Una vez esbozado este referente teórico, el proceso de conocimientos del mundo ibérico obliga a plantear los términos reales en que se produce la relación del individuo con la tierra y los elementos extraeconómicos que reconducen la producción hacia un grupo restringido de la sociedad y no a la comunidad completa. En consecuencia, una de las claves de este proceso consiste en valorar la naturaleza real de estos diferentes grupos definidos.
>
> Posteriormente, los sistemas de distribución del producto posibilitan la conexión con el colonizador, ya desde el marco del grupo restringido y receptor. Pero esta relación no es secundaria ; de ahí el valor del modelo de Rowlands /Frankenstein, ya que esta articulación es en sí misma productiva ; es decir, forma parte del proceso de producción, por cuanto define qué es lo más atractivo para los circuitos de cambio, que, en consecuencia, se reflejan en el propio sistema de apropiación de la tierra”.

Ruiz & Molinos encuentran señas de tales jerarquías sociales y políticas tanto en la configuración de los asentamientos como en el ajuar de las sepulturas. Por otro lado, y volviendo a las relaciones coloniales, afirman, de acuerdo con F. Coarelli, que las mismas no se establecen si no se definen claramente tres extremos[cxix]:

a) Si los aristócratas se definen en el área indígena, sin duda lo hacen en función de la existencia de un campesinado que en su relación de dependencia con ellos dibuja el sistema de ordenamiento socioeconómico del caso.

b) Los términos en que se produce el encuentro entre el ‘centro’ (i.e., los colonizadores) y la ‘periferia’ (i.e., los indígenas) no se dan en función de los intereses de diferentes grupos sociales de uno y otro lado ; no todos los indígenas mantienen con el colonizador el mismo nivel de trato y, a su vez, no todos los colonizadores se relacionan en las mismas condiciones sociales con los indígenas.

c) Los términos que definen el contexto del encuentro no son culturalistas, pero tampoco son efecto mecánico de unos modelos mercantiles y, por ende, económicos.

En consonancia con lo anterior, Ruiz & Molinos se manifiestan de acuerdo con Aubet, para la cual, como hemos visto, exceptuando Gadir, que surge con el claro objeto de controlar los recursos mineros de Tartessos, las colonias fenicias situadas a lo largo de toda la costa meridional andaluza vienen definidas por una estrategia territorial encaminada al control del territorio agrícola. Su configuración en unidades dispersas de explotación (*Toscanos, Morro de Mezquinilla, Almuñécar*, etc.) describe "... *un verdadero sistema de colonias con auténticas 'chora' dirigidas por una oligarquía mercantil (no debe excluirse) y de terratenientes*"[cxx]. También resulta interesante en este sentido analizar las relaciones que pudieran establecerse entre distintas comunidades colonizadoras: fenicios y focenses en este caso[cxxi] ; se trata de investigar el hecho de que tanto unos como otros intentasen ampliar su presencia colonizadora a otras regiones de la costa peninsular. Un caso sintomático sería la fundación de enclaves fenicios a lo largo de toda la costa levantina, en clara confrontación con sus vecinos griegos, según Ruiz & Molinos, "... *debido a la búsqueda de rutas directas con los grandes centros de estaño, posiblemente por la propia crisis de sus relaciones con Tartessos y el cierre de ciertas rutas por el Atlántico*". Precisamente por estos momentos (~ 630 a. de C.) se inicia un momen to de buenas relaciones tartesio-focenses, y un poco más tarde (540) se produce la caída de Tiro, que indirectamente tiene como resultado la crisis tartésica: "... *los fenicios cortan bruscamente el envío de materiales hacia el norte, ... y restringen su ámbito de acción al avanzado mundo 'orientalizante' de Vinalopo. Del mismo modo, la crisis tartésica parece constituir el punto de reajuste de la actividad focense, que no vuelve a enviar hacia Huelva sus productos básicos, restringiendo su ámbito a Cataluña y con posterioridad, desde este punto, hacia el sur, hasta ... Murcia-Albacete*". Ruiz & Molinos concluyen:

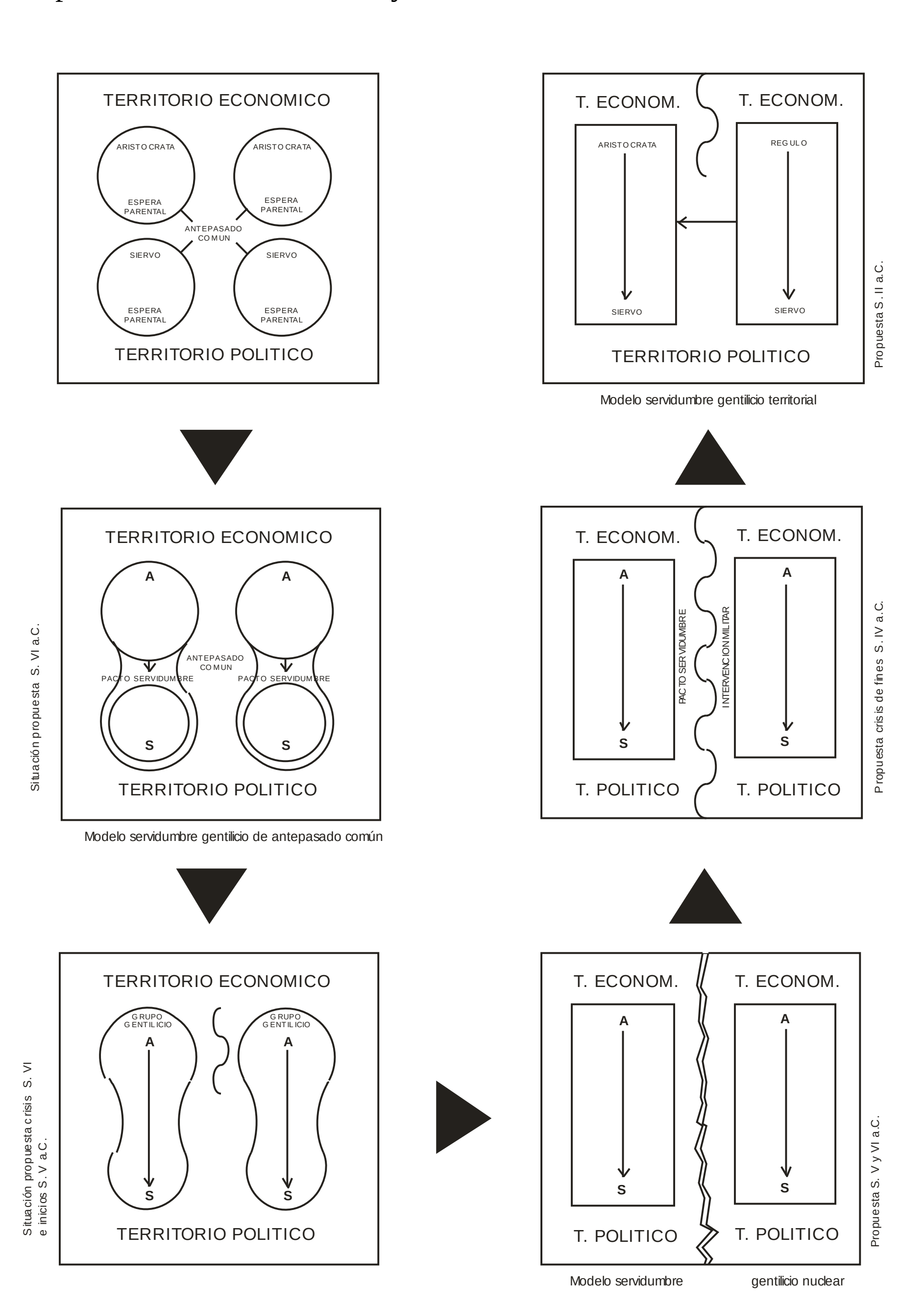
> "De todos modos, los conflictos intercolonizadores no quedaron zanjados con la definición de áreas de influencia. Recuérdese cómo en sucesivos momentos posteriores se hace referencia a tratados, ajenos al mundo indígena, que intentan dejar bien fijada la influencia de los territorios de los grupos litigantes (con posterioridad romanos y púnico-cartagineses). Sin duda, el tratado del 348 a.n.e. entre Roma, que representa los intereses griegos, y Cartago es uno de los más contundentes en esta necesidad histórica de definición de áreas. En directa relación con el firmado en el 509. El del 348 señala, según Polibio, entre otras cosas que, '*Más allá del Kalon Akroteron y de Mastia de Tarsis, los romanos no podrán hacer presos, ni comerciar, ni fundar ciudades ...*'. Estos mismos términos se repiten en el 306 y en el 279, próximo ya el momento de la llegada de la familia bárquida al sur de la Península".

Resumiendo lo dicho hasta aquí, Ruiz & Molinos establecen los siguientes puntos[cxxii]:

- Hacia fines del siglo VII a. de C. el área de la Vega del Guadalquivir se ve ocupada por pequeños enclaves rurales, como el de *Marmolejo*, por ejemplo ; paralelamente existen por toda la campiña grandes núcleos fortificados desde inicios del siglo VII o fines del VIII a. de C.

- Debió de ser en las primeras décadas del siglo VI cuando comenzó a construirse un sistema de fortines que, como el de *Calzadilla*, dibujan una línea que aísla el mundo de la campiña, donde los enclaves rurales de pequeño tamaño apenas se documentan, de ese mundo de la Vega, que podría articularse en torno a 'oppida', como *Los Villares* de Andújar.

- La reacción es inmediata en el tiempo y puede observarse cómo, hacia mediados del siglo VI a. de C., los habitantes de los enclaves rurales los abandonan y se retiran, supuestamente, a los 'oppida' más próximos ; algún tiempo después, las torres defensivas y fronterizas son desmontadas.



Dicho proceso, que tuvo lugar, como es sabido, a la sombra de la articulación Tartessos-colonias fenicias, produjo a la larga, según Ruiz & Molinos, “... *no sólo un nuevo sistema de casa o una compleja poliorcética en el tratamiento de los poblados, sino que además ha generado un grupo aristocrático que encuentra en estos modelos su forma de expresión política, económica y cultural*”. Tal nuevo grupo aristocrático gentilicio vendría definido por las siguientes características[cxxiii], establecidas por Torelli (ver *esquema*, pg. 50):

1) Modificación del concepto de *gens*, que ahora sustenta y adquiere la forma de servidumbre hacia un personaje a partir de la citada institución, pero construyendo un modelo no consanguíneo en el que el siervo se reconoce en el culto a los antepasados del señor y no en los suyos.

2) Este hecho tiene su origen en el punto más débil del sistema comunal: la familia, que por su autonomía es la única institución capaz de generar desigualdad, pero sobre todo la comunidad de la aldea, imponiendo el antepasado propio sobre el del resto de las familias, es decir, asumiendo el poder de la curia, que es la que ordena el sistema militar en el viejo esquema colonial.

3) El nuevo sistema conduce a métodos nuevos de articulación institucional entre los grupos ; aparecen los pactos basados en la mutua fidelidad de aristócratas que aseguran protección y asistencia, y clientes que prometen obediencia ; todo ello sancionado en la *fides*.

4) El modelo principesco (primeras aristocracias gentilicio-clientélicas) genera, por su control parcial del sistema, una fuerte contradicción con la unidad superior, la comunidad étnica territorial, que desde este momento pasa a ser el objetivo por controlar ; surgen dos modelos de ‘servidumbre’:

⇒ *Servidumbre gentilicia nuclear* (disolución de la comunidad étnica)

⇒ *Servidumbre gentilicia territorial* (apropiación de la comunidad, o bien su sustitución por otra).

xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

BIBLIOGRAFÍA

AMORES CARREDANO, Fernando, 1982, *Carta arqueológica de Los Alcores (Sevilla)*, Sevilla, Diputación Provincial

AUBET, Mª Eugenia, 1994, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona, Crítica

BERMEJO BARRERA, José C., 1982, "La función real en la mitología tartésica: Gárgoris, Habis y Aristeo". En *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, Madrid, Akal

BLASCO, Mª Concepción, 1993, *El Bronce Final*, Madrid, Síntesis

BLAZQUEZ, J.Mª, 1975, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, Universidad

" , " , 1983, *Primitivas religiones ibéricas (II: Religiones Prerromanas)*, Madrid, Cristiandad

BOSCH GIMPERA, Pedro, 1975, *Prehistoria de Europa*, Madrid, Istmo

DARCQUE, Pascal, 1992, "La historia del mundo micénico", en VARIOS, *Las civilizaciones egeas del neolítico y de la edad del bronce*, Barcelona, Labor

FERNANDEZ CASTRO, Mª Cruz, 1988, *Arqueología protohistórica de la Península Ibérica (Siglos X al VIII a.C.)*, Madrid, Alianza

GORROCHATEGUI, J., 1993, "Las lenguas de los pueblos paleohispánicos", en VARIOS, *Los celtas: Hispania y Europa*, Madrid, Universidad Complutense

GRAVES, Robert, 1992, *Los mitos griegos*, Madrid, Alianza

LOPEZ PALOMINO, Luis Alberto, 1993, *Calcolítico y Edad del Bronce al Sur de Córdoba. Estratigrafía en Monturque*, Córdoba, Caja de Ahorros

MALUQUER DE MOTES, Juan. 1970, *Tartessos*, Barcelona, Destino

MELIDA, José Ramón, 1892, Artículo "Gerión", en VARIOS, *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de Literatura, Ciencias y Artes*, Barcelona, Montaner & Simón

MONTEAGUDO, Luis, 1977, *Die Beile auf der Iberischen Halbinsel*, München, Beck

PEREA, Alicia, 1991, "L'apparition de la méthalurgie de l'or dans la moitié méridionale de la Péninsule Iberique", en VARIOS, *Découverte du métal*, Paris, Picard

RUIZ, Antonio, y MOLINOS, Manuel, 1993, *Los iberos, Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Barcelona, Crítica

RUIZ MATA, Diego, 1991, "La Ría de Huelva: un foco clave de la protohistoria peninsular, en TERRER0, José, 1944, *Armas y objetos de bronce extraídos en los dragados del puerto de Huelva*, Madrid, Hauser & Menet

SANCHEZ DRAGÓ, Fernando, 1985, *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*, Barcelona, Planeta

SAVORY, H.N., 1968, *Spain and Portugal: The Prehistory of the Iberian Peninsula*, London, Thames & Hudson

SOLÉ SABARÍS, Luis, 1991, "El relieve de la Península Ibérica", en VARIOS, *Geografía General de España*, Barcelona, Ariel

TEJERA GASPAR, Antonio, 1993, *Tartessos. Una civilización protohistórica de la Península Ibérica (Economía, Política y Sociedad)*, Tenerife, Universidad de La Laguna (fotocopia)

TERRER0, José, 1944, *Armas y objetos de bronce extraídos en los dragados del puerto de Huelva*, Madrid, Hauser & Menet [facsímil a cargo de la Diputación de Huelva, 1991]

VARIOS, 1982, *Mitologías*, Barcelona, Planeta

VARIOS, 1991, *Découverte du métal*, Paris, Picard

VARIOS, 1991, *Geografía General de España*, Barcelona, Ariel

VARIOS, 1992, *Las civilizaciones egeas del neolítico y de la edad del bronce*, Barcelona, Labor

VARIOS, 1993, *Los celtas: Hispania y Europa*, Madrid, Universidad Complutense

xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

[i] SANCHEZ DRAGÓ, Fernando, 1985, *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*, Barcelona, Planeta, pg. 84
[ii] Trogo Pompeyo, historiador latino (siglo I d.d.C.), fue el autor de las *Historias filípicas*, adaptación de una obra helenística, que venía a ser una historia universal centrada sobre la de Macedonia. Sólo se conserva un compendio de Justino y una colección de sumarios. [*Nueva Enciclopedia Larousse*]
[iii] BERMEJO BARRERA, José C., 1982, "La función real en la mitología tartésica: Gárgoris, Habis y Aristeo". En *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, Madrid, Akal, pp. 61-62
[iv] ibid., pp. 64 ss
[v] MALUQUER DE MOTES, Juan. 1970, *Tartessos*, Barcelona, Destino, pg. 9
[vi] ibid., pp. 37 ss.

[vii] Gerión, mítico rey de Chrysaor y Callirhoe (a su vez descendientes de medusa y Océano, respectivamente), ser gigantesco y monstruoso, pues tendría tres cabezas o tres cuerpos, y que según la leyenda reinó en Hispania. Gerión poseía una ganadería de vacas que estaba guardada por el perro Ortros y por el pastor Euritión, y dichas vacas le fueron robadas por Hércules, quien, para conseguirlo, dio muerte a Gerión, al perro y al pastor. [MELIDA, José Ramón, 1892, Artículo "Gerión", en VARIOS, *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de Literatura, Ciencias y Artes*, Barcelona, Montaner & Simón]
[viii] Deméter era, en la mitología griega, la diosa de los granos y de las cosechas, hija de los titanes Cronos y Rea. Cuando su hija Perséfone fue raptada por Hades, dios del mundo subterráneo, el dolor de Deméter fue tan grande que descuidó la tierra, no crecieron plantas y el hambre devastó el universo. Consternado ante esta situación, Zeus, el regidor del mundo, pidió a su hermano Hades que devolviese Perséfone a su madre. Haces asintió, pero antes de liberar a la muchacha hizo que ésta comiese algunas semillas de granada que la obligarían a volver con él durante cuatro meses al año. Feliz de reunirse de nuevo con su hija, Deméter hizo que la tierra produjese flores primaverales y abundantes frutos y cereales para las cosechas. Sin embargo, su dolor retornaba cada otoño cuando Perséfone tenía que volver al mundo subterráneo. La desolación del invierno y la muerte de la vegetación eran considerados como la manifestación anual del dolor de Deméter cuando le arrebataron a su hija. Deméter y Perséfone eran veneradas en los ritos de los misterios de Eleusis. El culto se extendió de Sicilia a Roma, donde se veneraba a estas diosas como Ceres y Proserpina. [*Nueva Enciclopedia Larousse*]
[ix] BLAZQUEZ, J.Mª, 1983, *Primitivas religiones ibéricas (II: Religiones Prerromanas)*, Madrid., Cristiandad, pp. 21-22
[x] Enfurecidos porque Zeus había confinado a sus hermanos, los Titanes, en el Tártaro, ciertos gigantes altos y terribles, con cabellos y barbas largas y colas de serpiente en vez de pies, tramaron un ataque al Cielo. Eran hijos de la madre Tierra nacidos en la ática Flegras y su número alcanzaba a veinticuatro ; tras diversas peripecias, fueron vencidos por Hércules, cuya ayuda habían recabado los dioses. Se trata de una fábula posthomérica basada al parecer en el hecho presuntamente histórico de una tentativa de los montañeses macedonios de atacar ciertas fortalezas helenas y su posterior rechazo por parte de los griegos y sus aliados. [GRAVES, Robert, 1992, *Los mitos griegos (I)*, Madrid, Alianza, pp. 161-63]
[xi] SANCHEZ DRAGÓ, op. cit., pg. 86
[xii] BERMEJO, op. cit., pp. 69 ss.
[xiii] Aristeo, hijo de Apolo y de la ninfa Cirene, instruido por las musas enseñó a los hombres el cuidado de las abejas y el cultivo de la viña. Causó involuntariamente la muerte de Eurídice, y las ninfas compañeras de ésta la vengaron haciendo perecer a las abejas de Aristeo. Este, por consejo de Proteo, inmoló cuatro toros y cuatro terneras para apaciguar a los manes de Eurídice ; de las entrañas de las víctimas salió un enjambre de abejas. Uno de los episodios de las *Geórgicas* (Cap. IV) se inspira en esta leyenda. En la Magna Grecia Aristeo fue venerado como divinidad campestre. [*Nueva Enciclopedia Larousse*]
[xiv] BERMEJO, op. cit., pg. 84
[xv] ibid., pp. 85-86
[xvi] BLAZQUEZ, op. cit., pp. 21-22
[xvii] Zeus, observando a Europa, hija de Agenor, mientras se bañaba en la playa, se inflamó de amor por la muchacha. Se transformó en toro de deslumbrante blancura y fue a extenderse a sus pies. Las demás muchachas se escaparon, pero Europa no se asustó, sino que se sentó en el lomo del animal ; éste se levantó, y entrando en el mar, echó a nadar. Llegaron así a la isla de Creta, donde tuvieron lugar sus amores ; los plátanos que dieron sombra a la pareja recibieron el privilegio de no perder nunca sus hojas. De Europa y Zeus nacieron tres hijos: Minos, Sarpedón y Radamanto. Luego, el dios dio a Europa en matrimonio al rey de Creta, Asterio, quien adoptó a los niños. Después de su muerte, Europa recibió los honores divinos y fue transformada en constelación. [VARIOS, 1982, *Mitologías (I)*, Barcelona, Planeta]
[xviii] Versión babilónica del mito del Diluvio, inspirada en una versión anterior de origen sumerio, donde el héroe (el *Noé* bíblico) se hacía llamar Zi-osudra. [*ibid.*]
[xix] GRAVES, op. cit., II, pp. 177-79
[xx] GORROCHATEGUI, J., 1993, "Las lenguas de los pueblos paleohispánicos", en VARIOS, *Los celtas: Hispania y Europa*, Madrid, Universidad Complutense, pp. 411 ss.
[xxi] RUIZ, Antonio, y MOLINOS, Manuel, 1993, *Los iberos, Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Barcelona, Crítica, pp. 251 ss.
[xxii] TEJERA GASPAR, Antonio, 1993, *Tartessos. Una civilización protohistórica de la Península Ibérica (Economía, Política y Sociedad)*, Tenerife, Universidad de La Laguna (fotocopia), pg. 40
[xxiii] MALUQUER, op. cit., pg. 45
[xxiv] TEJERA GASPAR, op. cit., pp. 52 ss.
[xxv] ibid., pp. 55-57
[xxvi] ibid., pp. 62-63

[xxvii] ibid., pp. 63 ss.
[xxviii] BLAZQUEZ, op. cit., pp. 30 ss.
[xxix] SOLÉ SABARÍS, Luis, 1991, “El relieve de la Península Ibérica”, en VARIOS, *Geografía General de España*, Barcelona, Ariel, pp. 105-106
[xxx] TEJERA GASPAR, op. cit., pg. 9
[xxxi] ibid., pp. 12 ss.
[xxxii] BLAZQUEZ, op. cit., pg. 19
[xxxiii] Esta cronología no es compartida por todos los investigadores ; así, Mª Eugenia Aubet dice: “*La idea de proponer una navegación precolonial fenicia en Occidente surge de un nuevo intento por establecer una hipótesis-puente entre las fechas históricas de las primeras fundaciones de Occidente en el siglo XII a.C., y la evidencia arqueológica que no constata asentamientos permanentes antes del siglo VIII a.C. Se pretende con ello colmar un vacío incómodo de algo más de 300 años e incorporar un modelo teórico utilizado con éxito para la colonización griega*”. [AUBET, Mª Eugenia, 1994, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona, Crítica, pg. 177]
[xxxiv] BOSCH GIMPERA, Pedro, 1975, *Prehistoria de Europa*, Madrid, Istmo, pp. 751-53
[xxxv] Se sospecha que la abundante literatura mitológica en lengua griega ha incorporado cierto número de elementos de origen semítico. Así, en la leyenda de Herakles, la muerte del héroe en la pira del Oeta traslada quizá un ritual tirio de regeneración del dios Melqart por el fuego. Por otro lado, Herakles (*la gloria de Hera*), arquetipo de todos los héroes, no es el nombre de un dios, sino quizá un nombre ritual, tal vez asignado por la tradición sacerdotal a un ‘parergo’ de las gran diosa de Argos. Tampoco es probable que se trate de una figura histórica heroificada ; más bien parece el resultado de una vasta síntesis mítica en la cual se ha unido leyendas locales, tradiciones sacerdotales y elementos prehelénicos, algunos, quizá, venidos de Siria. [VARIOS, *Mitologías*, op. cit., pp. 92, 150]
[xxxvi] BLAZQUEZ, op. cit., pg. 70
[xxxvii] BLAZQUEZ, J.Mª, 1975, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, Universidad, pg. 12
[xxxviii] AUBET, op. cit., pg. 178
[xxxix] V.gr., el ‘cilindro-sello de Vélez-Málaga’, el ‘escarabeo de Lixus’, el ‘sello de oro de Cádiz’, el ‘ánfora de Lora del Río’, el ‘anillo signatario de Puerto de Tierra (Cádiz)’, el ‘vaso de boca de seta de Torre del Mar (Málaga)’, etc. [BLAZQUEZ, *Tartessos ...*¸op. cit., pg. 21 ; AUBET, op. cit., pg. 179]
[xl] ibid., pp. 183 ss.
[xli] ibid., pp. 180 ss.
[xlii] BLAZQUEZ, *Tartessos ...*, op. cit., pp. 12 ss.
[xliii] BOSCH, op. cit., pp. 761 ss.
[xliv] BLAZQUEZ, *Primitivas religiones ...*, op. cit., pg. 21
[xlv] BOSCH, op. cit.
[xlvi] TEJERA GASPAR, op. cit., pp. 14-15
[xlvii] ibid., pp. 4 ss.
[xlviii] ibid., pp. 7-8
[xlix] BLASCO, Mª Concepción, 1993, *El Bronce Final*, Madrid, Síntesis, pp. 9 ss.
[l] ibid., pp. 13 ss.
[li] ibid., pp. 18 ss.
[lii] SAVORY, H.N., 1968, *Spain and Portugal: The Prehistory of the Iberian Peninsula*, London, Thames & Hudson, pg. 214
[liii] BLASCO, op. cit., pg. 125
[liv] Dichas relaciones comerciales micénicas con el Mediterráneo Occidental a que Blasco se refiere son corroboradas por Pascal Darcque, quien comenta de esta manera su incremento a partir de finales del siglo XIII: *“A partir de finales del siglo XIII, los lazos entre la metalurgia del Egeo y la europea, esporádicos hasta entonces, parecen desarrollarse. Algunos tipos de armas se origen egeo se extienden por Europa, para reintroducirse de nuevo en Grecia algo más tarde. También se observa que alfileres y fíbulas toman formas comunes en todo el sudoeste europeo, pero esta adopción de tipos idénticos en regiones relativamente alejadas unas de otras proporciona indicaciones cronológicas más que pruebas de contactos comerciales o étnicos*”. Darcque cita varios yacimientos italianos como prueba de sus aseveraciones ; no se refiere, sin embargo, en ningún momento a la Península Ibérica. [DARCQUE, Pascal, 1992, “La historia del mundo micénico”, en VARIOS, *Las civilizaciones egeas del neolítico y de la edad del bronce*, Barcelona, Labor, pp. 327 ss.]
[lv] BLASCO, op. cit., pp. 135 ss.
[lvi] La metalurgia del oro, como recuerda Alicia Perea, existía en la Península Ibérica ya desde el 3er Milenio. En algunos yacimientos (*Sâo Pedro de Estoril*, *Cañada del Carrascal*, *Cañada Honda de Gandul*) se

la asocia a la cerámica 'campaniforme' y al desarrollo de la metalurgia del cobre, mientras que en otros (*Zambutal*, *Cerro de la Virgen*) dicha técnica aparece de forma autónoma. Según afirma Perea, sólo a partir del Calcolítico el oro cesa de ser anecdótico y comienza a cumplir una función de importancia, tanto tecnológica como social. [PEREA, Alicia, 1991, "L'apparition de la méthalurgie de l'or dans la moitié méridionale de la Péninsule Iberique", en VARIOS, *Découverte du métal*, Paris, Picard, pp. 295-303]
[lvii] BLASCO, op. cit., pg. 139
[lviii] TERRER0, José, 1944, *Armas y objetos de bronce extraídos en los dragados del puerto de Huelva*, Madrid, Hauser & Menet [facsímil a cargo de la Diputación de Huelva, 1991], pp. 5 ss.
[lix] RUIZ MATA, Diego, 1991, "La Ría de Huelva: un foco clave de la protohistoria peninsular", en TERRERO, op. cit., pp. 57 ss.
[lx] AMORES CARREDANO, Fernando, 1982, *Carta arqueológica de Los Alcores (Sevilla)*, Sevilla, Diputación Provincial, pg. 234
[lxi] ibid., pp. 329 ss.
[lxii] LOPEZ PALOMINO, Luis Alberto, 1993, *Calcolítico y Edad del Bronce al Sur de Córdoba. Estratigrafía en Monturque*, Córdoba, Caja de Ahorros, pp. 265 ss.
[lxiii] BLASCO, op. cit., pg. 140
[lxiv] ibid., pp. 152 ss.
[lxv] FERNANDEZ CASTRO, Mª Cruz, 1988, *Arqueología protohistórica de la Península Ibérica (Siglos X al VIII a.C.)*, Madrid, Alianza, pg. 161
[lxvi] ibid., pg. 162
[lxvii] ibid., pg. 31
[lxviii] ibid., pg. 313
[lxix] ibid., pg. 536
[lxx] ibid., pg. 537
[lxxi] TEJERA GASPAR, op. cit., pg. 16
[lxxii] No coincide en esta apreciación Blasco, para la cual la mayor parte de los datos a este respecto son meramente indirectos, ya que la arqueología solamente nos muestra algunos *molinos barquiformes*, algunos *elementos de hoz* en sílex en forma de '**D**' presumiblemente utilizados en la producción cerealística, y gran cantidad de hoyos que se supone servirían para almacenamiento de grano. [BLASCO, op. cit., pg. 154]
[lxxiii] TEJERA GASPAR, op. cit., pp. 17 ss.
[lxxiv] ibid., pp. 24 ss.
[lxxv] BLASCO, op. cit., pg. 164
[lxxvi] ibid., pp. 155-57
[lxxvii] TEJERA GASPAR, op. cit., pg. 34
[lxxviii] BLASCO, op. cit., pp. 160-63
[lxxix] MONTEAGUDO, Luis, 1977, *Die Beile auf der Iberischen Halbinsel*, München, Beck, pg. 7
[lxxx] FERNANDEZ CASTRO, op. cit., pg. 174
[lxxxi] ibid., pp. 322 ss.
[lxxxii] ibid., pg. 587
[lxxxiii] TEJERA GASPAR, op. cit., pp. 36 ss.
[lxxxiv] SAVORY, op. cit., pg. 236
[lxxxv] TEJERA GASPAR, op. cit., pp. 40-41
[lxxxvi] BLASCO, op. cit., pg. 164
[lxxxvii] TEJERA GASPAR, op. cit., pp. 42-43
[lxxxviii] SAVORY, op. cit., pg. 230
[lxxxixlxxxix] AMORES CARREDANO, op. cit., pg. 235
[xc] AUBET, op. cit., pg. 173
[xci] ibid., pg. 174
[xcii] ibid., pg. 175
[xciii] ibid., pg. 177
[xciv] ibid., pg. 228
[xcv] ibid., pg. 236
[xcvi] ibid., pp. 239 ss.
[xcvii] ibid., pp. 342 ss.
[xcviii] ibid., pp. 246 ss.
[xcix] AMORES CARREDANO, op. cit., pp. 239 ss.
[c] ibid.
[ci] RUIZ & MOLINOS, op. cit., pp. 113 ss.

[cii] ibid., pp. 121-22
[ciii] ibid., pp. 148 ss.
[civ] ibid., pg. 147
[cv] ibid., pp. 150 ss.
[cvi] ibid., pp. 191 ss.
[cvii] ibid., pp. 169-70
[cviii] ibid., pp. 171 ss.
[cix] ibid., pg. 174
[cx] ibid., pp. 175 ss.
[cxi] TEJERA GASPAR, op. cit., pg. 75
[cxii] ibid., pp. 76 ss.
[cxiii] ibid., pp. 81-82
[cxiv] ibid., pp. 83-84
[cxv] ibid., pp. 85-86
[cxvi] ibid., pp. 87 ss.
[cxvii] ibid., pp. 91 ss.
[cxviii] RUIZ & MOLINOS, op. cit., pp. 181 ss.
[cxix] ibid., pp. 232-33
[cxx] ibid., pg. 234
[cxxi] ibid., pp. 236-37
[cxxii] ibid., pg. 258
[cxxiii] ibid., pp. 263 ss.